

El lugar de las regiones en la historiografía del paro cívico nacional de 1977: una propuesta de balance

REGIONS' PLACE IN THE HISTORIOGRAPHY OF THE NATIONAL CIVIL STRIKE IN 1977: A BALANCE PROPOSAL

Luis Felipe Marín-Guzmán¹  ; Jhon Jaime Correa-Ramírez² 

¹ Magíster en Historia, Universidad Tecnológica de Pereira. luisfelipe.marin@utp.edu.co

² Doctor en Ciencias de la Educación, Universidad Tecnológica de Pereira. Profesor de la Universidad Tecnológica de Pereira. jjcorrea@utp.edu.co

Recepción: 18 de abril de 2023 - **Aceptación:** 15 de junio de 2023

ISSN 2027-552



Resumen

El paro cívico nacional del 14 de septiembre de 1977 es uno de los acontecimientos más discutidos en la historia política contemporánea de Colombia. La mayoría de las lecturas que han circulado sobre este acontecimiento sustentan su importancia en su carácter nacional y generalizado. Sin embargo, hay pocos trabajos que aborden el desarrollo de esa jornada de protesta a través de un prisma regional y local que sitúe el desenvolvimiento de esa coyuntura más allá de la capital del país. Además, son escasos los balances historiográficos que se hayan dado a la tarea de sistematizar la copiosa bibliografía y referencias que existen alrededor de esta temática en los libros y trabajos de diversa naturaleza que se han escrito. El artículo propone precisamente avanzar sobre estos dos elementos: situar el lugar de la región en esa historiografía y proponer unas líneas de problematización y discusión en torno a las cuales se articula el balance historiográfico.

Palabras clave: paro cívico nacional 1977, balance historiográfico, mandato claro, Alfonso López Michelsen, protestas y huelgas en Colombia.

Abstract

The national civic strike of September 14th, 1977 is one of the most debated events in Colombia's contemporary political history. Most of the existing readings underline its importance due to the national and generalized character of it. However, there are few works that address the development of that protest through a regional and local prism that places that juncture beyond the capital. Additionally, there are few historiographic balances that have undertaken the task of systematizing the abundant bibliography that exist around this topic in books and works of diverse nature and scope. The article precisely proposes to advance on these two elements: to place the region's position in that historiography and to propose lines of problematization and discussion around which a historiographic balance is articulated.

Keywords: National civic strike 1977, historiographic balance, Alfonso López Michelsen, Protests and strikes in Colombia

Cómo citar: Marín-Guzmán, L. & Correa-Ramírez, J. (2023). El lugar de las regiones en la historiografía del Paro Cívico Nacional de 1977: una propuesta de balance. *Cambios y Permanencias*, 14 (2), pp. 163-189. DOI: <https://doi.org/10.18273/cyp.v14n2-202310>

Introducción

A la poca historiografía sobre el PCN de 1977 se le escapan temas que no han sido tratados, tales como el papel de las mujeres y de los niños en la protesta, y la profundización en la respuesta represiva del Estado durante y después de la jornada. De igual manera, el análisis de lo sucedido desde lo regional y desde nuevos espacios geográficos distintos a su epicentro. Estos temas ayudarían a disparar la producción académica sobre el PCN de 1977 y reforzarían el argumento sobre su no agotamiento investigativo.
(Alarcón, 2021)

Como vacío en la historiografía dedicada al tema es pertinente decir que hace falta mayor investigación con respecto a lo que sucedió en otras ciudades durante el PCN de 1977. Hasta el momento en los textos consultados solo se hace referencia al número de manifestantes en las principales ciudades del país, pero, no se investiga cómo se desarrolló la jornada desde sus propios actores. Se hace mención a la universidad de Antioquia y algunos sindicatos en Cali y Medellín accediendo a estadísticas, pero poco a testimonios o prensa regional.
(Moyano, 2016)

Los únicos dos balances historiográficos que se conocen sobre el paro cívico nacional (PCN) de 1977 son de realización reciente. Ambos coinciden en señalar, como muestran los epígrafes citados, el enorme vacío que subsiste en la producción historiográfica sobre el papel desempeñado por las regiones y las ciudades diferentes a la capital durante ese acontecimiento. Aunque el Paro Cívico de 1977 siempre se acompaña del apelativo “nacional”, la mayoría de la historiografía disponible no se ha ocupado hasta ahora de esclarecer en qué condiciones, contextos, haciendo uso de qué repertorios y cuáles sectores sociales regionales y locales se vincularon específicamente a esta importante jornada de protesta. Es decir, se ha mostrado la imagen de una movilización popular trascendental, “la mayor protesta en la segunda mitad del siglo XX”, como afirmó Mauricio Archila Neira (2016), pero siguen sin desarrollarse suficientemente, desde una perspectiva fáctica, investigaciones y trabajos que den cuenta de cómo transcurrió el PCN en la mayoría de las ciudades grandes, pequeñas e intermedias del país.

Con el fin de contribuir a ubicar las dimensiones de este vacío historiográfico y como un llamado a resolverlo, se presenta aquí un balance de la bibliografía y producción académica sobre el paro cívico nacional (PCN) de 1977. En este balance se interrogan un buen número de fuentes desde un doble encuadre: primero, a partir de 5 grandes problemas transversales en las diferentes aproximaciones historiográficas y académicas del acontecimiento; y, segundo, buscando esclarecer cuál es el lugar que ocupan las regiones y localidades del país en esos trabajos.

Los ejes de problematización propuestos son los siguientes: las herramientas teóricas utilizadas en los trabajos sobre el paro cívico nacional (PCN), el PCN entre la hegemonía sindical/obrera y la expresión de la crisis urbana, la represión en el PCN, lecturas desde las izquierdas y las derechas respecto al PCN, los legados simbólicos y materiales del PCN y, por último, una síntesis sobre el lugar de la región. En este último eje se busca evidenciar la pertinencia de adelantar investigaciones sobre este acontecimiento desde una perspectiva regional.

Los enfoques teóricos desde los que se ha leído el paro cívico nacional

La teoría y las baterías conceptuales y categoriales desde las cuales se ha pensado el paro cívico nacional (PCN) han sido un tema central en los encuentros y desencuentros que se han generado alrededor de la historiografía referida a este acontecimiento. En este apartado se propone presentar y analizar las visiones más importantes que han surgido al respecto. Este planteamiento está organizado en torno a las grandes estructuras epistemológicas que han servido para pensar e indagar sobre la movilización social y popular en

El presente artículo se deriva de una investigación mucho más amplia que contó con el apoyo de la Vicerrectora de Investigaciones, Innovación y Extensión de la Universidad Tecnológica de Pereira, en el marco de la convocatoria para el apoyo a estudiantes de posgrado en el desarrollo de proyectos de grado correspondientes al año 2020.

el país a nivel general y, específicamente, alrededor del tema del paro cívico. Así pues, se proponen tres ejes como los más relevantes: las posturas marxistas que tienen hasta un punto un carácter transversal respecto a las demás; el constructivismo y las teorías de los nuevos movimientos sociales, defendidas por Mauricio Archila Neira; y la óptica de los movimientos populares, postulada por Leopoldo Múnera Ruiz.

Para abordar el punto de vista de los marxismos, en tanto enfoque teórico sobre los movimientos sociales, es necesario hacer algunas advertencias de importancia. En primer lugar, hay una limitación fundamental en este propósito, ya que no existe una obra de síntesis que desarrolle sistemáticamente los puntos de vista del marxismo sobre la acción social colectiva anclada en la evidencia empírica de los conflictos sociales colombianos, al menos en la segunda mitad del siglo XX¹, como sí ocurre en el caso de los otros dos modelos que van a revisarse. En segundo lugar, es imposible referirse al marxismo de manera unívoca, puesto que existen muchas interpretaciones y matices al interior de esa tradición teórico-política. Por eso, aquí se prefiere hablar de marxismos en plural. Por último, los aportes conceptuales y metodológicos de los marxismos a la comprensión del conflicto social en sus diversas variantes para el caso colombiano revisten importancia, especialmente en el periodo histórico en cuestión. Muchos de los trabajos realizados por autores marxistas han sido fundamentales en la exploración de diversos temas asociados a la movilización social, incluyendo el propio paro cívico de 1977.

En la década de los 70, los historiadores y académicos marxistas colombianos abordaron diferentes temáticas relacionadas con los cambios que ocurrían en la estructura social, económica y política del país. Estos cambios se evidenciaban a través de nuevos fenómenos, sujetos y dinámicas de la movilización popular². La esfera urbana, que experimentó distintas transformaciones y tensiones como resultado del entrecruzamiento de diversas dinámicas migratorias, económicas y urbanísticas, fue uno de los focos de producción y renovación de los planteamientos marxistas. Orlando Sáenz y Fabio Vásquez (Sáenz y Vásquez, 1989) reconocen esto en su balance historiográfico *de la investigación urbana en Colombia*. Argumentan que muchos de los trabajos que buscaban enfocar los problemas urbanos colombianos bajo la lente de los marxismos incorporaron al panorama intelectual nacional a autores nuevos que se ocupaban de las dinámicas urbanas en otras partes del mundo, como el español Manuel Castells y el francés Henry Lefebvre, quienes eran desconocidos en el entorno académico de la época.

Esta ola de producción académica buscaba construir una aproximación a la ciudad como un escenario en el que confluían múltiples tensiones sociales, que servía como un espacio de acumulación de capital y rentas, pero que al mismo tiempo era la arena de la resistencia para una parte importante de las clases populares. Contó con la contribución de varios autores y colectivos marxistas de diferentes trayectorias, que aportaron investigaciones como la de José Fernando Ocampo, *Dominio de clase en la ciudad colombiana* (1972), y *Lucha de clases por el derecho a la ciudad* del grupo de trabajo José Raimundo Russi. (s. f.). Dado que aquí interesa explicar la relación entre estas nuevas agendas de la corriente marxista en la década del 70 y las nuevas formas de acción social colectiva y el PCN, se centrará en el trabajo de Medófilo Medina y su obra *La protesta urbana en Colombia en el siglo XX* (1984), en la que se puede apreciar la relación entre estas cuestiones.

La obra mencionada busca periodizar la protesta urbana del siglo XX en Colombia, siguiendo una estructura de hitos. Esta concepción considera la protesta urbana como un fenómeno que involucra a diferentes sectores y actores urbanos, quienes, a pesar de su pluralismo, terminan siendo hegemonizados a largo plazo por una clase social específica. Además, se examinan repertorios de acción y organización que amalgaman una pluralidad de formas y contenidos que sintetizan y sincretizan la experiencia acumulada de otros actores y sectores que también desarrollan su vida y luchas en el espacio urbano. Estas tradiciones incluyen las huelgas obreras, las tomas de tierras por parte de vivendistas y las manifestaciones públicas de estudiantes y profesores. Medina también menciona que la protesta urbana, por su materialización en

¹ Una excepción a este vacío podría ser la obra del historiador popular y dirigente revolucionario Ignacio Torres Giraldo, *Los inconformes*, publicada en 5 tomos (1972) en los que se abarca, desde el periodo colonial hasta la década del 50 del siglo XX.

² La revista *Estudios Marxistas* orientada por el PCC, la revista *Ideología y Sociedad* de filiación trotskista, la revista *Alternativa* de la llamada izquierda sin partido y las publicaciones de la editorial Ocho de junio cercana al PC-ML son una buena fuente para ver la forma como la izquierda durante ese periodo afrontaba teóricamente los cambios sociales, políticos, económicos y culturales que vivía la sociedad colombiana.

los espacios de mayor visibilidad como las ciudades, suele producir efectos políticos profundos (Medina, 1984, pp. 16-17). También, el autor sostiene que las protestas pueden funcionar como una válvula de escape social para las grandes porciones de la población reprimida y marginada que tienen pocas posibilidades de participación política amplia y permanente (p. 138).

En relación con los paros cívicos y el PCN en particular, el autor analizó estas formas de acción como un fenómeno de la vida política nacional que surgió de manera generalizada a comienzos de los años setenta, pero que mostraba vocación de permanencia en el tiempo. También explicó que “el paro cívico aparece, en cierta forma, como una adaptación del movimiento popular a su diversificación social y a su fragmentación técnica y organizativa” (p. 148). Estas ideas, aplicadas a la lectura del PCN de 1977, derivan en un planteamiento en el que Medina sostiene que las protestas del 14 de septiembre crearon un espacio común de encuentro y expresión de inconformidades para los dos sectores con mayor presencia en la lucha social de ese momento: la clase trabajadora organizada en sindicatos y los actores cívicos, entendidos como pobladores urbanos que no se definen por su condición de clase, sino por su condición de habitantes de la ciudad. Estos sectores se pusieron en relación gracias al liderazgo e iniciativa de la clase trabajadora organizada, que desbrozo el camino al paro y demarcó las condiciones de modo, tiempo y lugar para su realización.

Este enfoque es clara y fundamentalmente distinto a la formulación de “paro más cívico que obrero” de Archila Neira o “más obrero que cívico” de Múnera que se verá más adelante. Por el contrario, se trata de una perspectiva relacional en la que obreros y cívicos se ponen en sintonía bajo la dirección obrera. Medina aplica a los hechos del PCN la teoría leninista de la disputa de la hegemonía por parte de sectores y clases en contextos pluriclasistas, como los que caracterizan la protesta urbana.

Es básicamente equivocado el enfoque de quienes han querido contraponer lo ocurrido en los barrios y vías de las grandes ciudades con lo ocurrido en las fábricas, oficinas y demás centros de trabajo. Los trabajadores sindicalizados fueron creando el espacio político de la protesta en un proceso que partiendo de una confederación obrera [por supuesto se refiere a la CSTC] fue incorporando no sin conflicto ni contradicciones a las demás centrales. La capacidad de convocatoria al PCN está asociada a la capacidad de liderazgo que es capaz de desempeñar en términos concretos la clase obrera organizada, o por lo menos un sector importante de ella (Medina, 1984, p. 153).

El paradigma marxista, considerado en decadencias por muchos autores, ha dado lugar a nuevas investigaciones y trabajos recientes. En este sentido, es relevante citar al profesor Frank Molano Camargo y su artículo “El paro cívico nacional del 14 de septiembre de 1977 en Bogotá: las clases subalternas contra el modelo hegemónico de ciudad” (2014), donde retoma las premisas generales de Medina para producir una interpretación marxista de la crisis y la movilización de sectores urbanos en Bogotá que alimentó el PCN. Muchas de esas dinámicas y actores que el autor recoge, como los vendedores ambulantes y sus organizaciones sindicales, han sido poco abordados por la historiografía.

Los aspectos centrales de la concepción de Archila Neira y su paradigma sobre la acción colectiva están sistematizados en la primera parte del libro *Idas y venidas vueltas y revueltas* (Archila Neira, 2003). Allí, el autor realiza un balance crítico de las diferentes corrientes desde las cuales ha sido pensada la acción social colectiva en el mundo, América Latina y Colombia. En los decursos del texto se advierte una ruta de debates y desencuentros debido a los énfasis empíricos, analíticos y explicativos que cada corriente ha preferido. El constructivismo, posición a la que Archila Neira se adhiere, no sin reservas, se caracteriza justamente por su interés en situar la acción social colectiva en una perspectiva relacional que busca armonizar ejes de análisis históricamente contrapuestos, como lo material y lo simbólico, las estructuras y los individuos, lo social y lo político.

El constructivismo rechaza cualquier esencialismo o determinismo en relación con los actores sociales colectivos, que siempre están en proceso de constitución. En este sentido, se distancia de la interpretación soviética del marxismo, la cual confiere a la clase obrera atributos esenciales de conciencia predeterminados. Este enfoque también promueve la necesidad de desarrollar agendas investigativas que incluyan a los

nuevos movimientos sociales establecidos en torno a variantes identitarias más que de clases, y de renovar los estudios sobre los actores o procesos clásicos a través de lentes culturales.

La visión de Archila Neira sobre el rol y la naturaleza de los movimientos sociales se asienta, como él mismo señala, en el terreno *amplio del conflicto social* (Archila Neira, 2003). Por tanto, mucho de lo que define a los actores colectivos está determinado por sus prácticas organizativas de acción e identidades orientadas a enfrentar de manera sostenida las condiciones de injusticia. No obstante, bajo su óptica, los movimientos sociales no se reducen o agotan en una dinámica contestataria u opositora, ya que también pueden construirse en escenarios propositivos.

Este encuadre general sobre la movilización social hace que el planteamiento de Archila Neira, desde el cual examina los actores y los paros cívicos, ponga, en primer lugar, un gran énfasis en su carácter pluriclasista en lugar de asumir una filiación transitiva de clase de estos movimientos con los sectores populares; en segundo lugar, hace que preste mucha atención a las relaciones pragmáticas que establecen los actores cívicos con un amplio espectro de agentes sociales organizados, como el movimiento obrero, los empresarios y comerciantes, en contraposición a los enfoques del marxismo que plantean una supuesta dirección obrera de la protesta ciudadana que tuvo su punto culminante en el PCN (Archila Neira, 2003); y, en tercer lugar, critica los balances de las izquierdas a los que califica como en exceso optimistas respecto a las implicaciones y dimensiones verdaderas del 14 de septiembre de 1977 (Archila Neira, 2003), que a su juicio, no estuvieron cerca ni tuvieron la intención de socavar al gobierno ni las instituciones democráticas.

En este punto, conviene introducir un matiz a la perspectiva planteada por el autor, y es que esta valoración “optimista” no provino de forma generalizada de todos los sectores de las izquierdas como postula Archila Neira. De hecho, paradójicamente, los sectores y organizaciones que con más desconfianza o animadversión recibieron la convocatoria a la jornada de protesta fueron los que más insistieron en el paro cívico de 1977, como un prolegómeno a una salida insurreccional cercana. Al respecto, conviene contrastar la posición planteada por Álvaro Delgado (1984a), académico y miembro para ese momento del comité central del PCC:

Los organizadores del paro cívico -entre quienes no estaban el señor Torres [Habla de Marcelo Torres militante del MOIR] nunca se propusieron derrocar al gobierno de López Michelsen ni hacer un ensayo de enfrentamientos populares contra el aparato represivo estatal, y ni siquiera poner en aprietos a las fuerzas armadas del régimen. Los dirigentes y las masas que participaron del movimiento no se plantearon jamás una exhibición de violencia, y, al contrario, agitaron siempre la jornada como una acción cívica, incruenta. Quienes pretenden endilgar al paro del 14 de septiembre el remoquete de insurrección popular no hacen sino respaldar la tesis del gobierno sobre el mismo, lanzadas para justificar la represión.

El enfoque de Archila Neira al que nos hemos referido apareció en 2003 y constituye un claro deslinde con algunas interpretaciones marxistas, como hemos intentado hacer notar. Sin embargo, desde esa perspectiva, muchas de las preocupaciones y vetas investigativas que se pueden encontrar en su enfoque constructivista se nutren de las teorías sociales y culturales marxistas más heterodoxas, expresadas por autores como Antonio Gramsci o Edward Palmer Thompson. Esto es lo que expresamos anteriormente cuando mencionamos que los marxismos, con un carácter más transversal respecto de los otros dos enfoques analizados, han logrado irrigar varias de sus preocupaciones y enfoques renovados a nuevos lugares de saber, a pesar de las críticas y las dudas que sobre su valor teórico y analítico subsisten.

En su trabajo, Archila Neira también valoró la propuesta de Leopoldo Múnera Ruiz, que ampliaremos a continuación. Aunque extensa, la cita que sigue tiene valor para identificar los principales puntos de acuerdo y desacuerdo entre las perspectivas constructivistas de Archila Neira y la de los movimientos populares de Múnera:

De acuerdo con Múnera, dichos movimientos no están aislados en una esfera social autorreferida, sino que se relacionan con distintos poderes, incluido el Estado. Más aún, el poder no tiene una existencia independiente de las relaciones sociales, es una relación en sí. En este marco conceptual, el autor constata que entre 1968 y

1988 las relaciones de poder en Colombia han producido una acción colectiva por fuera de la institucionalidad. Pero si los movimientos sociales o, mejor, los movimientos populares, como él los designa, han logrado autonomía ante el bipartidismo, son heterónomos ante las izquierdas. El valor del libro de Leopoldo Múnera radica no solo en que es uno de los pocos intentos de síntesis que se han hecho en los últimos tiempos sobre movimientos sociales en el país, sino por el aporte teórico y metodológico que realiza, así aún respire cierto esencialismo de clase y una nostalgia de las potencialidades transformadoras del movimiento popular (Archila Neira, 2003).

La posición de Leopoldo Múnera es presentada de manera sistemática en la primera parte de su obra *Rupturas y continuidades: poder y movimiento popular en Colombia 1968-1988* (Ruiz, 1998). Allí, Múnera realiza un balance crítico de algunas perspectivas teóricas generales sobre los movimientos sociales, y, a partir de esta crítica, propone una reconceptualización de la acción social colectiva en lo que denomina “movimientos populares”. Si bien esta propuesta analítica guarda cercanías con la de Archila Neira, también existen distancias, como se puede apreciar en la cita anterior.

Desde un punto de vista empírico, Múnera analiza una temporalidad y unos actores más o menos iguales a los de Archila Neira, no obstante, propone como categoría central de su análisis al movimiento popular, un tipo particular de movimiento social definido, redefinido y constituido de principio a fin por las relaciones de exclusión, oposición o articulación que establece hacia adentro y hacia afuera durante su existencia, que no es necesariamente permanente. Su composición se produce en sus palabras a partir de: “la articulación de acciones y actores, colectivos e individuales, pertenecientes a las clases populares o referidos en función de ellas, dirigido a controlar y orientar uno o varios campos sociales en conflicto con las clases y sectores dominantes, o con una parte de ellos” (Ruiz, 1998, p. 65).

Como se puede observar, bajo esta mirada las clases, aunque se les añada el término “populares”, conservan un rol de centralidad que no tienen para Archila Neira. Sin embargo, es importante señalar que se trata de una concepción no ortodoxa de este concepto, elaborada a partir del encuentro de autores como el marxista Nicos Poulantzas, quien afirma que la clase está constituida tanto por el hecho objetivo del lugar que se ocupa en la producción, como por la relación con otras clases y sectores, especialmente aquellos con los que existe conflicto y lucha. También se encuentra la influencia del pensamiento de Jesús Martín Barbero, quien considera lo popular y al pueblo como el sujeto histórico fundamental del cambio social (Ruiz, 1998, p. 68).

La conceptualización propuesta por Múnera también destaca la importancia de las relaciones de dominación en un sentido amplio, no solo las de explotación en la producción material, sino todas las formas de subordinación que las clases dominantes ejercen sobre las clases populares. Estas relaciones están presentes en todos los niveles de la vida social y pueden volverse más visibles e intolerables en coyunturas situadas y contingentes, que constantemente reconfiguran la cartografía de los enfrentamientos entre clases populares y dominantes, y, por lo tanto, también reconfiguran los movimientos populares.

Según Múnera, los movimientos populares tienen la capacidad de generar conflictos estructurales, es decir, de cuestionar todas las formas de dominación, lo que les otorga un potencial de impugnación de la totalidad social, económica y política dominante. Sin embargo, el autor también señala que esto rara vez sucede, y que los conflictos entre clases populares y dominantes, que surgen debido a diferentes aspectos de las relaciones de dominación, suelen centrarse en la contención de estos aspectos o en la mejora de las condiciones de vida dentro del marco de la sociedad existente, en lugar de desafiarla de manera global (Ruiz, 1998, pp. 69-73).

Bajo este enfoque, Múnera ofrece una mirada sobre los actores cívicos, en la que priorizó la constitución de estos como resultado de una confluencia objetiva de demandas e intereses comunes que se derivan de ciertas características del proceso de urbanización colombiano, pero también, en algunos casos, de un hartazgo de los múltiples mecanismos de dominación bipartidista que estuvieron vigentes durante las décadas del 70 y 80. Por lo tanto, lo cívico adquirió con frecuencia un sentido apolítico en relación con la

tradición bipartidista. Sin embargo, esto no se debe confundir con un apoliticismo general, ya que, para Múnera, muchos movimientos cívicos fueron capaces de forjar en su praxis otras maneras de hacer política a través de las cuales reivindicaron y construyeron formas de autonomía, autogobierno y autogestión en pequeña escala. Esto, a la larga, resultó en una reforma estructural que empezó en la década de los 80, precisamente en el ámbito municipal y que, sumado a otros factores y dinámicas, desembocaría en el cambio constitucional de 1991 (Ruiz, 1998, pp. 406-410).

En relación con los procesos de acción cívica en general, que incluyen los paros cívicos en ámbitos locales y el PCN de 1977, Múnera fundamenta su análisis en la existencia de dos lógicas que no llegaron a confluír eficazmente al interior del movimiento popular en la década del 70. Por un lado, estaban las organizaciones sindicales nacionales de segundo y tercer nivel³, que tuvieron como forma privilegiada de acción la huelga y el paro nacional en determinados sectores de la producción, y, por otro lado, se encontraban las organizaciones cívicas y comunitarias centradas en movimientos de carácter local y no laboral. Según el autor, no se lograron establecer puentes sólidos entre estos dos mundos, salvo en el caso de las organizaciones sindicales de base situadas en municipios pequeños, en las cuales sus activistas⁴, que eran escasos, tuvieron mayor facilidad para relacionarse con otros actores sociales y populares. Esto devino en la ruptura del gremialismo sindical en esos casos y se vio reflejado en la composición de algunos movimientos cívicos, en cuyos comités participaron dirigentes y organizaciones sindicales locales. Sin embargo, esta tendencia no fue principal para Múnera, como sí sostuvieron algunos académicos ligados al PCC en su momento, quienes defendieron que la convergencia entre lo obrero y lo popular se produjo, de hecho, bajo la dirección del proletariado organizado.

El PCN para el autor fue una protesta más laboral que cívica, lo que lo distancia de la perspectiva de Archila Neira, quien sostiene exactamente lo contrario (Archila Neira, 2003, pp. 146-147). Dos argumentos que Múnera propone para sustentar sus apreciaciones son, en primer lugar, que durante el PCN no fueron precisamente las localidades y municipios donde más importancia había adquirido el movimiento cívico las más activas en la jornada de protesta nacional; y, en segundo lugar, que la configuración de los espacios regionales y nacionales de dirección del paro dejó ver que los actores cívicos estuvieron en lo fundamental ausentes de la conducción y construcción del proceso de movilización. Estos organismos, plantea, estuvieron dominados por los partidos de izquierda, sus estructuras afines y las organizaciones sindicales que en ningún momento lograron recoger la diversidad del movimiento comunal, cívico y de pobladores urbanos. Para el autor, si algo mostró el 14 de septiembre, fue la autonomía y el rebasamiento de la capacidad de lucha de la población respecto a las direcciones sindicales, políticas y sus orientaciones (Ruiz, 1998, pp. 386-394).

Así, pues, tenemos que para Múnera el PCN fue una situación especial en la que de manera excepcional se rompió ese aislamiento entre obreros organizados y otros actores sociales en algunas ciudades, en una coyuntura única e irrepetible originada en el descontento generalizado con el gobierno de López y la ausencia de mecanismos de expresión contundentes de ese ánimo general; según el autor:

El amplio cuadro de legitimidad que rodeaba la jornada produjo un efecto inesperado, aun para los dirigentes más optimistas de las cuatro centrales. Las movilizaciones y actos promovidos por la CSTC en los grandes centros urbanos sirvieron de detonante para que diversos sectores populares organizados y no organizados, quienes no habían participado de la convocatoria expresaran su disconformidad con las políticas económicas y sociales del gobierno de López (...)

No obstante, la lucha cívica no había pasado de las pequeñas ciudades a las grandes, ni el sindicalismo había dado el salto hacia la vanguardia de la protesta popular; [como afirma por ejemplo Nicolás Buenaventura en sus memorias] por un día irrepetible el movimiento sindical había atravesado las fronteras sindicales (Ruiz, 1998, pp. 388-391).

³ Las organizaciones sindicales de segundo nivel son las federaciones que agrupan a varios sindicatos de una misma rama económica o actividad común, las de tercer nivel son las centrales o confederaciones sindicales que agrupa federaciones.

⁴ Otro caso excepcional que el autor referencia es el de Barrancabermeja, cuyas tradiciones definieron unos rumbos diferentes para la unidad obrero-popular en el que ambos campos se integraban, incluso lo comunitario subsumió a lo obrero (Ruiz, 1998, p. 411).

El trabajo de Múnera se distancia claramente del obrerismo y las nociones de dirección desde arriba y desde fuera que caracterizaban a algunas interpretaciones marxistas de la época. No obstante, su trabajo se nutre de varios conceptos fundamentales propios del marxismo, como el de clase. Insistimos aquí en la transversalidad de esta posición teórica en las dos perspectivas que hemos analizado.

De otro lado, puede decirse que el autor está de acuerdo con el constructivismo de Archila Neira en cuanto a la preponderancia de una perspectiva relacional para lograr una comprensión cabal de los movimientos sociales y populares. Sin embargo, difiere de esa visión en otros asuntos, como en cuanto al potencial transformador de la totalidad social que para Múnera poseen los movimientos populares en determinadas y excepcionales circunstancias, idea frente a la cual Archila Neira se muestra escéptico.

Como se puede observar, estas tres grandes formulaciones teóricas comparten algunas perspectivas y difieren en muchas otras, pero tienen dos cosas en común que resultan fundamentales: en primer lugar, haber servido de matrices epistemológicas en diferentes momentos para la producción historiográfica y académica sobre los movimientos sociales y el PCN; en segundo lugar, haber construido en sus obras de síntesis un punto de vista sistemático sobre la dinámica cívica y el paro del 14 de septiembre que va más allá del registro y la apología de los hechos.

El PCN entre la crisis urbana y el conflicto obrero

Las miradas que se han construido en cuanto a los factores que posibilitaron el PCN y los actores que lo protagonizaron pueden ubicarse en dos grandes vertientes, no necesariamente antagónicas, pero sí diferentes, que se recogen en este apartado: en primer lugar, las que privilegian su explicación a partir de la crisis urbana y los movimientos cívicos locales; en segundo lugar, las que se enfocan en la conflictividad obrero-sindical. Cada una de estas perspectivas, con sus propias metodologías, fuentes, interpretaciones y enfoques, ha aportado elementos relevantes al saber histórico en cuanto a los movimientos sociales y la protesta popular de la segunda mitad del siglo XX, en general, y sobre el PCN, en particular.

Para empezar, se examinaron los trabajos que sitúan la convocatoria del PCN en el marco de la profunda crisis urbana que vivía el país para la época⁵. Este enfoque no solo ofreció una perspectiva novedosa para explicar el PCN, sino que aportó una gran cantidad de evidencia empírica y estudios de caso locales en sus trabajos respecto a la llamada *irrupción cívica* (Santana, 1983, p. 15), al tiempo que evidenció que el PCN no solo fue el resultado de una convocatoria sindical de carácter general, sino que móviles más profundos lo animaban, entre ellos, una rica dinámica de paros cívicos locales que posicionaron a los actores colectivos urbanos en un lugar destacado de la conflictividad social durante la segunda mitad de la década del 70 y la primera mitad de la década del 80. En esta posición podemos encontrar los trabajos de Javier Giraldo y Santiago Camargo (Giraldo & Camargo, 1985), Pedro Santana (Santana, 1983) y el de Jaime Carrillo (Bedoya, 1981).

Refirámonos primero al punto de vista ofrecido por Giraldo y Camargo. Para estos autores, el paro cívico es un fenómeno preeminentemente local, expresión de la crisis urbana y de la irrupción de los agentes cívicos afectados por ella; a partir de ahí puede entenderse que concluyan que los intentos de extender esta dinámica local a la esfera nacional han resultado siendo marginales cuantitativamente, y cuando eventualmente se concretaron estuvieron lejos de lo que históricamente se ha conocido como paros cívicos; señalan, por ejemplo, que de 212 paros cívicos ocurridos entre 1958 y 1984, 179 (84,4 %) tuvieron cobertura local-municipal, 26 (12,3 %) una cobertura entre dos o más municipios, solo 5 (2,3%) han tenido un ámbito departamental y solo 2 (0,9%) han tenido un ámbito nacional (Giraldo & Camargo, 1985).

Bajo esta línea de argumentación, el trabajo referido propone también que la mayoría de estos paros y movimientos cívicos ocurrieron en municipios pequeños, de entre 10.000 y 50.000 habitantes, esto debido

⁵ El propio presidente de la República reconocía la existencia de esa crisis, motivo por el cual propuso al Congreso la convocatoria de una asamblea constituyente que reformara el régimen de competencias municipales; por muchos factores esta iniciativa gubernamental fracasó.

a que fueron esas las localidades que precisamente absorbieron las oleadas migratorias presionadas por la violencia rural entre 1951 y 1964, y era allí donde menos preparadas estaban las débiles administraciones regionales para absorber una demanda creciente de servicios públicos, equipamientos urbanos, vivienda y transporte.

Los puntos de vista de Giraldo y Camargo abren la posibilidad de poner en entredicho qué tan cívicos, en el sentido de una expresión de la crisis urbana, fueron realmente los paros nacionales de 1977 y los intentos de repetición con menor intensidad que vinieron después; cabe incluso preguntarse hasta qué punto las organizaciones convocantes al PCN le pusieron el apellido “cívico” a la movilización en el intento de arropar bajo la convocatoria sindical a nuevos sectores sociales, o en qué medida las centrales obreras intentaron hacer una integración mecánica entre la conflictividad obrera y los procesos cívicos, simplemente basándose en la adopción de un significante colectivo prestigioso y efervescente.

La participación sindical en los paros cívicos locales —otro de los argumentos defendidos por quienes hablan de protagonismo obrero en el movimiento cívico— también se discute por parte de los autores, tomando como base el estudio de Luz Amparo Fonseca (1982), llegan a la conclusión que en solo 6 de 138 paros cívicos locales analizados puede establecerse a ciencia cierta que los sindicatos tuvieron un rol importante de liderazgo y participación, sin embargo, también señalan que el papel del movimiento obrero en el movimiento cívico creció tras el PCN, de lo que se puede concluir que, si bien el 14 de septiembre no expresó un alto grado de relación entre obreros y cívicos, y tampoco logró trasladar a escala nacional la agitación regional, sí abrió caminos que hicieron viable esa unidad en el futuro.

El trabajo de Pedro Santana señala también al movimiento cívico y sus formas de acción como un fenómeno típicamente local y regional que aparece por cuenta del decaimiento de otras formas de acción y la crisis de otros actores colectivos como el movimiento sindical. La crisis urbana analizada por Santana parte de asumir que la forma en que se ha desenvuelto el capitalismo en el país ha producido una configuración territorial de grandes ciudades metropolitanas en las que se concentra la producción y el crecimiento, y alrededor de las cuales gravitan como una “*constelación periférica*” (Santana, 1983, p. 9) una serie de ciudades pequeñas y medianas poco o relativamente articuladas al centro, a las que la excesiva centralización y la distribución desigual de las fuentes de progreso ahoga y limita; es por esto que el fenómeno de movimientos y paros cívicos se produce en estas localidades medianas y pequeñas que, adicionalmente a su precariedad material, cuentan con pocos mecanismos diferentes a las vías de hecho para ser escuchadas (Santana, 1983, p. 100).

El adversario por excelencia de estos conflictos —según nos dice el autor— fue el Estado, que, construido de manera desigual en las regiones, tuvo pocas herramientas para responder a las demandas de los pobladores, al punto de que en muchos casos alcaldes, gobernadores y concejos municipales terminaban respaldando la protesta de los ciudadanos (Santana, 1983, p. 103). En esta interpretación localista del movimiento cívico, el autor señala, como lo hacen Giraldo y Camargo, que las organizaciones sindicales no habían podido integrar a sus dinámicas eficazmente al movimiento cívico, ni siquiera en el caso del PCN, en el que insinúa, no fueron capaces de garantizar la parálisis de la producción, aunque les reconoce su rol en la convocatoria. Así lo plantea el autor:

Pero esta importancia [la participación de la clase obrera] a veces no guarda relación con su participación real en la paralización de las actividades productivas. Un ejemplo de lo anterior, lo puede constituir el propio desarrollo del paro registrado en Bogotá el 14 de septiembre de 1977 en el marco del PCN. El hecho es que el paro tuvo más visos de ser un paro cívico que un paro laboral, sin que por ello dejemos de señalar el papel y la importancia de la clase obrera sindicalizada, que efectivamente tuvo parte fundamental en la convocatoria de la protesta (Santana, 1983, p. 146).

Respecto al planteamiento de los paros cívicos como respuesta a condiciones de déficits acumulados exclusivamente económicos y materiales, Santana postula una apreciación que va en un sentido diferente: “Los paros cívicos se originan en la crisis de los centros urbanos, que es una crisis de las condiciones de vida y

también de una cierta forma de vida” (Santana, 1983, p. 147). En síntesis, para el autor, el paro cívico aparece precisamente allí donde otros mecanismos de reclamación o manifestación institucional o no institucional no operaron. Al respecto, se pregunta por qué no es el movimiento sindical el sujeto colectivo capaz de canalizar la inconformidad de los pobladores urbanos, frente a lo cual concluye que la debilidad del proceso industrial, y, por ende, la proporción minoritaria que representa la población trabajadora sindicalizada en los pequeños y medianos municipios, volvió improbable esa salida. En este último punto coincide con Álvaro Delgado (1984b, p. 216) y Medófilo Medina, que, lejos del obrerismo que se les atribuye, ven en el auge del movimiento cívico un testimonio de la debilidad de los trabajadores, pero también advierten la posibilidad de romperla mediante un sistema más amplio de alianzas como al que precisamente quería concitar el PCN.

Otro aspecto relevante de la investigación de Santana es que ofrece una muy sugerente perspectiva en relación con la baja o inexistente presencia del movimiento cívico en regiones que contaban con cultivos de exportación, como el café, y que poseían relativamente buenas condiciones en materia de servicios públicos y vías de acceso. Para el caso de la región cafetera (en la que incluye los tres departamentos resultantes de la desintegración del viejo Caldas), señala la ocurrencia en un periodo de 10 años, transcurrido entre 1971 y 1981, de 9 paros cívicos en total, en los municipios de Quimbaya, Córdoba, Montenegro, La Virginia, Viterbo, Filandia, Filadelfia, Arauca y Circasia, que representan el 7 % de los municipios y el 1,5 % de población afectada por el fenómeno de los paros cívicos en todo el país en el lapso señalado. Nariño y Caquetá y la costa norte tienen los números más importantes de eventos cívicos en ese rango de tiempo (Santana, 1983, p. 130), lo que parece confirmar la tesis del autor, según la cual, a mayores recursos y articulación, menores motivaciones para tomar parte en paros cívicos; a contrapelo de este planteamiento, Archila Neira afirma exactamente lo contrario: que más recursos significan más participación de la movilización, veamos:

Nuestra explicación de la distribución espacial de las protestas considera dos dinámicas en términos especiales: de una parte, hay una fuerte presencia de los departamentos más ricos, social y económicamente hablando, en los que se destacan sus capitales y de otra parte también existen zonas en donde se abren nuevas fuentes de riqueza, especialmente extractivista (Archila Neira *et al.*, 2019, p. 146).

Este contrapunto sobre la conducta colectiva tiene su valor para el caso del eje cafetero, en el sentido de que puede contribuir a matizar las visiones idílicas que se han establecido sobre esa región y su supuesta desafección respecto a la acción colectiva y las luchas sociales, dada su condición de desarrollo material supuestamente privilegiado.

El libro de Jaime Carrillo Bedoya, publicado en 1981, asocia efectivamente la aparición del movimiento y los paros cívicos con la crisis urbana; en su explicación tienen tanto valor las migraciones presionadas por la violencia como la forma desigual en que se espacializa el capitalismo colombiano; en este sentido, podría decirse que hay una síntesis de los elementos centrales propuestos al respecto tanto en el trabajo de Giraldo-Camargo, como en el de Santana. Su trabajo aporta al esclarecimiento empírico de las formas organizativas y de acción en varios casos de estudio, y, así mismo, a la densificación analítica de esta forma de acción colectiva, llegando a proponer incluso conceptualizaciones para varias de las formas de organización e intervención más importantes del movimiento cívico (Bedoya, 1981, pp. 13, 185-187).

Puede afirmarse que, siendo el de Carrillo un punto de vista que lee el PCN con los lentes de la crisis urbana, se distancia de varias de las conclusiones propuestas por los autores que hemos reseñado más arriba; en primer lugar, porque Carrillo ve la posibilidad de la relación obrero popular no solo con optimismo, sino como condición de posibilidad para la politización del conflicto cívico, y, con ello, de la ampliación de sus alcances:

La politización del conflicto es aún mayor cuando los obreros y el resto de la población participan juntos bajo una misma forma organizativa, articulando las reivindicaciones particulares a las reivindicaciones comunes y juntos deben afrontar las mismas consecuencias. (...) el paro cívico ligado a la huelga obrera puede desembocar en huelga política (Bedoya, 1981, p. 152).

A la hora de caracterizar el PCN, Carrillo vuelve a aproximarse a Santana y Giraldo-Camargo, diciendo que se trató más de una huelga obrera nacional que “de un paro cívico tradicional” (Bedoya, 1981, p. 30), con epicentro en las cuatro ciudades más importantes, pero que no está directamente relacionada con las dinámicas y formas de acción de los movimientos cívicos regionales y locales; no obstante, insiste en la necesidad de que esa relación se produzca para que sea posible una movilización nacional de carácter revolucionario. De hecho, le parece un avance en ese sentido que la dirección sindical haya bautizado al paro nacional como “cívico”.

En el caso del 14 de septiembre aun sin tratarse de un paro cívico tradicional, presenta aspectos que le hacen también diferente de una huelga obrera a nivel nacional. El solo hecho de que haya sido llamado paro cívico nacional desde los primeros momentos es ya significativo (Bedoya, 1981, pp. 234-235).

En segundo lugar, Carrillo cree firmemente en que la dinámica del paro cívico puede romper las barreras locales y generalizarse, en tanto el obrero es víctima de la crisis urbana; independientemente de si está sindicalizado o no, no puede sustraerse de ella y sus consecuencias, por lo que tarde o temprano, insinúa el autor, tendrá que vincularse a la lucha cívica aportando sus acumulados políticos y gremiales (Bedoya, 1981, p. 178):

El PCN es una enseñanza sobre el alcance que puede tener una acción común y unitaria que reconoce un adversario común y utiliza una forma de lucha común, sin renunciar a la independencia política de las diversas organizaciones: de una acción puramente organizativa se pasa a una confrontación política del régimen. (...) retoma una modalidad de la lucha popular y extiende su influencia pasando de un marco puramente local a un marco de lucha de masas a nivel nacional (Bedoya, 1981, p. 31).

Otro elemento sugestivo de la obra de Carrillo es el balance crítico que este hace respecto a la participación de las izquierdas en el movimiento cívico, a las cuales acusa de no entender la problemática urbana y de tener un afán de instrumentalizar y hegemonizar la conducción de los procesos locales; también plantea que cuando interviene la izquierda en los movimientos cívicos los hace bascular entre dos extremos: o el favorecimiento de sus coaliciones electorales o la elevación de los niveles de confrontación de forma artificial; sus críticas reivindican la autonomía de los actores sociales y señalan la necesidad de que las izquierdas busquen nuevos enfoques y comprensiones para entender la crisis urbana. En esta reivindicación de la autonomía de los sectores populares respecto a las izquierdas es posible establecer un objetivo con la perspectiva de Munera trabajada previamente (Bedoya, 1981, pp. 230-232).

Para esclarecer algunas de las ideas de la propuesta investigativa que lee el PCN a partir de las dinámicas del conflicto obrero-sindical, se hará referencia al trabajo del investigador Ricardo Sánchez Ángel: *¡Huelga! Luchas de los trabajadores en Colombia 1975-1981* (2009). Esta obra sitúa el 14 de septiembre de 1977 como el eslabón de una cadena de conflictos obreros y huelguísticos, especialmente exacerbados a mediados y finales de la década del 70. Es decir, el autor reconstruye la historicidad de este proceso de movilización apelando al prisma obrero-sindical.

Sánchez hace un recorrido largo y pormenorizado de conflictos laborales que afectaron a trabajadores de diferentes capas desde corteros de caña, pasando por obreras de la confección, hasta médicos y marinos. Su trabajo pone de presente un clima general de insatisfacción de las clases trabajadoras, al tiempo que se estaba llevando a cabo un proceso interno de recomposición del sindicalismo colombiano, en el que aumentó su dispersión organizativa a partir de criterios ideológicos, pero también marcó el ascenso a responsabilidades de dirección de personalidades que fueron claves durante el PCN, como el sindicalista comunista Pastor Pérez y el sindicalista conservador Tulio Cuevas (Sánchez Ángel, 2009, p. 360). También recorre los caminos de los múltiples intentos fallidos para convocar paros generales durante el Frente Nacional (FN), fracasados en buena medida por la capacidad de las élites para dividir y cooptar a las centrales y a los dirigentes obreros conservadores y liberales y aislar a la representación sindical de comunistas y revolucionarios (Sánchez Ángel, 2009, pp. 361-362).

El contexto de huelgas obreras, sumado a la actitud presidencial respecto a las demandas de las centrales de trabajadores, fue propiciando acercamientos progresivos entre dos bloques sindicales que buscaban poner en discusión una serie de reivindicaciones de los trabajadores y de la sociedad colombiana por diferentes caminos.

En una orilla, la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC), de orientación comunista, junto a la recién constituida Confederación General de Trabajadores (CGT), empujaban desde el primero de mayo de 1977 la propuesta de un PCN; de otro, las centrales dirigidas por los partidos tradicionales, la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC) y la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC) buscaban diálogos y acuerdos directos con el Gobierno. Cada bloque construyó sus petitorios y puso en marcha su táctica, pero en agosto de ese mismo año se produjo una triple coincidencia que puso la unidad al orden del día: primero, los diálogos entre la UTC y la CTC con López Michelsen no avanzaban; segundo, las bases de todas las centrales presionaban con insistencia salidas urgentes para restituir la capacidad adquisitiva del salario; y, tercero, las huelgas obreras en diferentes sectores estaban en pleno ascenso, es ahí cuando se cristalizó una unidad que, con dificultades y diferencias, puso fecha al PCN el 14 de septiembre de 1977 y constituyó una instancia de conducción unitaria que permaneció en el tiempo como el Consejo Nacional Sindical (CNS) (Sánchez Ángel, 2009, pp. 362-366).

Para sumar argumentos a la complejidad de la unidad sindical que propició el PCN, Sánchez expresa los múltiples matices que pervivían al interior del CNS en relación, por ejemplo, con el tipo de acción que debían adelantarse el 14 de septiembre. Veamos:

La diferencia de posiciones frente al desarrollo, las estrategias y la forma de participación de la población en el paro eran evidentemente marcadas; así, por un lado, la CTC promulgaba evitar cualquier tipo de enfrentamiento con la fuerza pública y recomendaba quedarse en el hogar y no participar en ninguna manifestación pública. La CGT, por su parte, manifestó su preocupación frente a la posibilidad de perder el control del movimiento, aunque no tenían previsto ningún tipo de mitin o protesta callejera. La CSTC, por el contrario, divulgaba la idea de salir a la calle de manera masiva, con el fin de realizar actividades de protesta y agitación que hicieran públicas las consignas del paro. Por último, la UTC propugnaba por evitar cualquier clase de manifestación: “La orden es permanecer en sus casas, en forma seria y recogida” (Sánchez Ángel, 2009, pp. 362-366).

Delgado confirma esa observación cuando señala que las centrales UTC y CTC pusieron como condición, para la unidad de acción del 14 de septiembre, que no se vieran afectados los servicios públicos, ya que esto podría traer consecuencias negativas al movimiento desde el punto de vista de la opinión pública (Delgado, 1986). Tales puntos de vista encontrados sobre cómo debía llevarse a cabo la protesta influyeron de forma determinante en su desenlace. El autor plantea que el comportamiento del CNS, valiente para convocar la protesta, se tornó en timorato precisamente cuando pudo llevarla más allá, puesto que el movimiento empezaba a generalizarse aupado por la represión del régimen (Sánchez Ángel, 2009, p. 367).

Concluyendo, de estos trabajos que proponen situar al PCN y al movimiento cívico como respuesta a la crisis urbana o, por lo menos, relacionado con ella, habría que señalar su novedad e importancia y su desplazamiento en la mirada al ámbito local que permite impugnar el centralismo historiográfico con que estos fenómenos han sido abordados, pero también hay que indicar que en ellos pueden verse escasas referencias a los procesos organizativos y de movilización social urbanos, como el fenómeno vivendista, por ejemplo, que reunía varios factores de importancia para trabajos de esta naturaleza, ya que lo que operaba en el ámbito local era una respuesta a la crisis urbana, y, en muchos casos, constituyó alianzas sólidas con actores cívicos, sociales y políticos diversos en diferentes lugares del país. Al respecto, podrían considerarse los siguientes trabajos: *CENAPROV y el crecimiento urbano de Pereira 1973-1987. Otra mirada a la construcción barrial de Pereira desde sus márgenes Otoniel Arias Quiceno y Julián Andrés Restrepo Botero* (Restrepo, 2019), y el de María Elvira Botero: *Colonos comunistas, alarifes y fundadores en Colombia: una historia de la central nacional provivienda CENAPROV* (Naranjo, 2017).

Sobre la bibliografía que se centra en la explicación del PCN desde las dinámicas sindicales y obreras, si bien se trata de una línea más explorada, es notorio que puede seguir produciendo interpretaciones novedosas como algunas de las que propone Sánchez. Hay que anotar, sin embargo, que siguen estando ausentes de este tipo de investigaciones aportes sobre el papel desempeñado por el sindicalismo independiente durante el PCN, que para ese momento constituía un importante bloque sindical en el país.

La represión en el paro cívico nacional

La mayoría de los trabajos alusivos al PCN coinciden en señalar la represión como un ingrediente determinante durante esa jornada de protesta. Nuevamente, Bogotá ha recibido la máxima atención sobre este particular, toda vez que en la capital se concentraron las víctimas mortales de la represión; pese a esta consideración, se ha asumido que la respuesta que recibieron las personas que se movilizaron el 14 de septiembre de 1977 en todo el país fue en lo fundamental de fuerza, lo que, considerando el contexto latinoamericano para ese momento, no resultaba extraño en absoluto, pero sí era un anomalía teniendo en cuenta que quien encabezaba la puesta en marcha de los mecanismos coercitivos frente a la protesta era el otrora revolucionario, Alfonso López Michelsen (ALM), que había prometido clausurar los esquemas de tratamiento represivo y militarizado a las expresiones de descontento social que tanto había promovido el Frente Nacional. En este apartado se dará cuenta de algunos acápites de trabajos más amplios que proponen interpretaciones concretas en relación con este tema, a partir del análisis de autores como Gustavo Gallón (Gallón, 1979), Federico Gutiérrez Sanín (Sanín, 2014) y Marlon Mauricio Martínez (Martínez Umaña, 2019).

El trabajo de Gallón muestra cómo el gobierno de ALM accedió a la presidencia con una importante votación y un prestigio progresista que se propuso conservar, por lo cual en la primera fase de su gobierno priorizó el uso de mecanismos de contención no coercitivos frente al descontento social; de hecho, su administración tomó algunas medidas intentando cooptar a sectores situados a su izquierda en el tablero político, como el reconocimiento de la personería jurídica de la Central Sindical de Trabajadores de Colombia (CSTC) de filiación comunista, la recomposición de las relaciones con Cuba y el agenciamiento de la llamada economía concertada para dirimir las controversias entre obreros y patronos; incluso, durante los primeros 10 meses de gobierno, el presidente logró sostener su promesa de prescindir del estado de sitio como fórmula para reestablecer el orden, pero fueron las condiciones objetivas, señala el autor, como la recesión económica, los escándalos de corrupción y el aumento descontrolado de la inflación, los que, a la par del aumento de la conflictividad, hicieron que el Gobierno retomara el viejo recetario frente nacionalista (Gallón, 1979, pp. 105-106).

El uso de la fuerza para contener los reclamos y protestas de diferentes sectores de la sociedad fue *in crescendo*, expone Gallón, al punto, que el estado de sitio que tanto había rehuído el gobierno fue reimplantado el 12 de junio de 1975 en tres departamentos de Colombia (Antioquia, Valle y Atlántico) por un periodo breve de tiempo y a causa de paros estudiantiles. Tras 14 días, la medida de excepción se extendió a todo el país y así permaneció durante un año, al cabo del cual fue renovándose en diferentes intervalos y con distintos argumentos, siempre asociados a la movilización social.

Las medidas que traían aparejadas las declaratorias de estado de sitio mostraban un creciente autoritarismo por parte del ejecutivo; por mencionar un ejemplo, a través de decretos se empezaron a censurar informaciones de prensa, se confirieron atribuciones especiales a los alcaldes para mantener el orden, se amplió ostensiblemente el tipo de conductas que podían ser juzgadas por los militares sin mayores garantías procesales en los consejos verbales de guerra, se incrementaron los tiempos de detención para delitos como organizar reuniones no autorizadas (Gallón, 1979, pp. 107-109).

Los empleados públicos, especialmente los maestros que constituían un foco de movilización permanente, sufrieron el rigor de medidas tomadas al amparo del estado de sitio, como la autorización de despidos para funcionarios públicos que participasen comprobadamente en actividades como paros y

manifestaciones. Gallón recoge una declaración de ALM hablando de los empleados públicos como una “guerrilla en la administración contra el gobierno” (Gallón, 1979, p. 110), a lo que habría que añadir que antes el mandatario y sus ministros habían hablado también de la existencia de una “guerrilla cívica” (Bedoya, 1981, p. 14) y de una “guerrilla sindical” (Archila Neira, 2003, p. 369); todos los adversarios del gobierno en el movimiento social quedaron así de un plumazo equiparados a una organización armada. En este marco de represión creciente y estigmatización de la protesta se produjo el PCN.

Respecto al PCN, Gallón muestra cómo los decretos que prohibieron y censuraron el paro⁶ llevaron a un nuevo nivel este modelo que dos años atrás se venía implementando y perfeccionando paulatinamente con los estados de sitio anteriores:

La agresión contra el derecho de huelga se continúa desarrollando de una manera espectacular en septiembre de 1977, con motivo del paro general convocado por las cuatro principales centrales obreras (...) En esta oportunidad el gobierno da un paso adelante, pues no solamente sanciona con arresto hasta de 180 días a los promotores de toda clase de ceses de actividades laborales, sino que llega hasta a autorizar el despido con justa causa de quienes participen en ellos. El bloqueo al paro del 14 se refuerza mediante la censura de prensa sobre las informaciones relacionadas con él, censura que es levantada cinco días después de su realización. La magnitud de la represión ejercida en estos días puede apreciarse escuetamente en el número de personas afectadas a causa de la movilización de la fuerza pública: más de 3.000 detenidos, de 18 muertos y de un centenar de heridos (Gallón, 1979, p. 113).

Aunque el texto de Gallón no desarrolló un capítulo relativo al sucesor presidencial, Julio César Turbay, sí advirtió la posibilidad de que este continuara por la senda de gobernar mediante poderes excepcionales. De hecho, en un anexo al trabajo citado plantea que muchas de las medidas que adoptó López Michelsen se volvieron la base para lo que se conoció como el estatuto de seguridad, promulgado una semana antes de que se cumpliera el primer aniversario del PCN, siendo ya presidente Turbay (Gallón, 1979, p. 133).

A su turno, el pequeño acápite que Sanín dedica al gobierno de López Michelsen señala las ambigüedades del presidente, que hizo guiños a la izquierda al comienzo de su administración, al tiempo que cogobernó con las que el autor califica como las *fracciones más retrogradas de los partidos tradicionales*, refiriéndose a las encabezadas por Turbay Ayala en el partido liberal y Gómez Hurtado en el partido conservador.

Sanín, siguiendo la línea de Gallón, plantea el viraje progresivo del presidente a un esquema represivo, en la medida que crecía la conflictividad obrera y popular; el punto culminante de esta andanada lo constituyó el PCN, que a su juicio fue un ataque en masa contra la población civil por parte del Gobierno y una coyuntura represiva crítica que de alguna forma anunciaba el ciclo político marcado por la represión y la violación de derechos humanos que quedaría definitivamente instaurado durante la administración de Turbay (Gallón, 1979, p. 105).

Por su parte, el trabajo de Martínez hace énfasis en que la política represiva puesta en marcha antes, durante y después del PCN por el gobierno de ALM se encontraba sustentada en el contexto geopolítico de la guerra fría y en la doctrina de seguridad nacional diseñada por los EE. Uu. para mantener el orden en su bloque. Esta concepción promovía una serie de valores políticos e ideológicos como el anticomunismo, la exaltación de las fuerzas militares y los cuerpos de seguridad del Estado y la promoción de las ideas de la derecha política (Gallón, 1979, p. 89); es a este dispositivo global que se encuentra conectada la política del estado de sitio que se implementó y perfeccionó durante la segunda mitad del siglo XX colombiano, de manera particularmente rápida durante finales de la década del 70 y comienzos del 80.

Para este autor la realización del PCN tuvo un efecto claro en el gobierno y las élites, que, ante la magnitud del desafío, acentuaron los rasgos autoritarios de la política de seguridad, mientras atenuaron las libertades y formalidades democráticas (Martínez Umaña, 2019, p. 97). Martínez señala que el estatuto de seguridad de Turbay debe leerse justamente en la clave de respuesta no solo del gobierno, sino de todo el

⁶ Nos referimos aquí especialmente a los decretos 2004 y 2066 de 1977.

bloque de poder al crecimiento en cantidad y calidad de la protesta que tuvo en el 14 de septiembre un salto de suma importancia. En sus palabras:

El Estatuto de Seguridad que aprobó e implementó Julio César Turbay Ayala fue el principal efecto del Paro Cívico Nacional. El maltrecho Frente Nacional encubierto bajo la figura de López el “demócrata”, presenció su mayor crisis de sostenibilidad después del ascenso de luchas y, con el PCN, como su corolario. El temor a la profundización de la crisis llevó a los militares a proponer esta figura que, con el auspicio de un régimen de apariencia democrática, construyó una especie de dictadura civil y constitucional (Martínez Umaña, 2019, p. 108).

A manera de conclusión, es posible señalar que, en la mayoría de la historiografía sobre el PCN, la represión es un tema mencionado, pero no abordado con la profundidad suficiente; los trabajos presentados contextualizan más ampliamente la política de contención del Gobierno frente a la protesta y buscan poner este comportamiento en una proyección más larga en el tiempo y con repercusiones más hondas que trascienden el gobierno de ALM. Estas fuentes pueden brindar un indicio que permita hacer interpretaciones más comprensivas y reflexiones más sistemáticas sobre este tema fundamental para el entendimiento cabal de la jornada del 14 de septiembre de 1977; sin embargo, habida cuenta del enfoque que se emplea en este balance, resulta necesario poner de relieve que la mayoría de los trabajos que se refieren a la coyuntura represiva se centran en los hechos de Bogotá, que son de lejos los más graves, pero dejan de lado referencias a los detenidos y heridos resultantes de la jornada en las regiones, lo cual debe ser tenido en consideración, dado que el despliegue oficial tuvo carácter nacional

Lecturas desde las izquierdas y las derechas respecto al PCN

Antes, durante y después del PCN, diversos grupos sociales, académicos, económicos y políticos publicaron lecturas, pronunciamientos y análisis sobre este acontecimiento; por ello es justo hablar del 14 de septiembre como un hecho ante todo de opinión pública, y aunque analizar y correlacionar el conjunto de estas posiciones excedería el alcance de este trabajo, sí se hará un intento por mostrar algunas fuentes principales que ofrecen elementos interesantes para comprender la polaridad política que se exacerbó en el país a causa de la protesta.

Para realizar dicho ejercicio, se optará aquí por una división analítica en el eje izquierda-derecha, asumiendo en la primera categoría a los grupos políticos de tradición opositora al Frente Nacional y a ALM, y que al tiempo buscaban organizar la acción colectiva por diferentes cauces —incluido el institucional— para conseguir cambios en el orden económico, político, social y cultural del país. En las derechas se incluyen grupos y fracciones políticas frente nacionalistas que podían estar alineadas o ser opositoras al gobierno de López, pero que mantenían ideológicamente una posición común entorno a postulados como el respeto a la propiedad privada en sentido capitalista, la conservación del orden público y de la institucionalidad frente nacionalista, así como el anticomunismo.

Existen cuatro trabajos de síntesis que han aproximado una invaluable cantidad de fuentes e interpretaciones comparativas útiles para estudiar las miradas que desde diferentes lugares sociales y políticos se hicieron sobre el PCN.

En primer lugar, está el trabajo de Óscar Delgado, *El paro popular del 14 de septiembre de 1977* (1978), en el cual el autor compila una masa muy importante de documentos periodísticos y de opinión a través de los que se puede ver cómo se fueron posicionando frente al PCN corrientes políticas, periódicos y figuras de opinión; un elemento interesante de este libro es que el autor incluye algunas fuentes de prensa regional ausentes en los otros textos.

En segundo término, se encuentra el trabajo de Cynthia Lepeley, *Elite perspectives on three crisis of legitimacy in post national front Colombia* (1982), en el que la autora describe a partir de periódicos, revistas y editoriales la puja desatada al interior de las derechas en sus diferentes fracciones con ocasión del

PCN; esta perspectiva tiene como elemento interesante que la prensa se vuelve un vehículo de aproximación a los múltiples matices que dividían a las élites ya puestas en tránsito a un nuevo enfrentamiento electoral por fuera de la representación garantizada y alternada del Frente Nacional.

Tercero, está el trabajo de Sandra León, *Análisis comparativo del manejo de la información por parte de los periódicos, El Tiempo y Voz Proletaria, en relación con el paro cívico nacional de 1977* (León Tiusaba, 2011), que ofrece una contrastación entre los discursos y narrativas de dos importantes diarios del país sobre el PCN: de un lado, el periódico *El Tiempo*, alineado fervientemente con ALM, y, por otro lado, *Voz Proletaria*, semanario del PCC; como aspecto novedoso cabe destacar que su propuesta de análisis discursivo dedica un capítulo a la lucha por la opinión a través de la caricatura en los dos medios señalados.

Y por último el trabajo clásico de Arturo Alape, *Un día en septiembre: testimonios del paro cívico, 1977* (1980), en el que, a través de testimonios de participantes directos, dirigentes sindicales, periódicos de diferentes líneas editoriales y funcionarios del gobierno teje una narrativa de lo acontecido de forma vívida y directa; su obra muestra las texturas y significaciones diversas que tuvo el PCN para la sociedad colombiana.

Ahora bien, desde el punto de vista de las derechas hay dos líneas de argumentación claramente diferenciadas sobre el proceso de movilización que interesa destacar. Primero, la gobiernista que agrupaba al partido liberal⁷, la facción alvarista del partido conservador y el empresariado; todos, pese a sus disensiones internas coincidían en su oposición al PCN, incluso haciendo uso de matrices argumentativas comunes como el carácter político del movimiento o las supuestas intenciones sombrías de carácter subversivo que se movían a su alrededor.

En segundo lugar, está la facción del ospino-pastranismo del partido conservador y el movimiento de integración liberal MIL, favorables al paro, por supuesto, a un paro pacífico y que no cuestionara el modelo, pero sí al gobierno de ALM. Tulio Cuevas, presidente de la UTC y parlamentario ospino pastranista, sintetizó esta concepción hablando de los métodos de lucha del paro: “El pueblo para ser grande solo necesita cruzarse de brazos” (Mejía, 2005).

El presidente sostuvo, desde que se conoció la convocatoria al PCN, que el paro no buscaba reivindicar los intereses obreros, que según él estaban bien protegidos por el gobierno, sino desestabilizar su administración. Una vez consumado el movimiento, ALM insistió en su inocuidad desde un punto de vista laboral y en la normalidad que, según él, había vivido el país en términos generales (Michelsen, 1978), salvo por unos gravísimos hechos de sangre y violencia a los que se refirió en una clara exageración calculada como un “pequeño 9 de abril” (Delgado, Ó., 1978, p. 90). Posteriormente, en sus biografías y memorias, ALM se siguió refiriendo al hecho “intrascendente”, por ejemplo, en una entrevista que le hizo Eduardo Santos a manera de memorias, el expresidente dijo lo siguiente:

[Pregunta Enrique Santos] De su gobierno ¿Cuáles fueron los momentos más difíciles?

[Contesta López Michelsen] El paro nacional del 14 de septiembre de 1977 fue un episodio muy traumático. Yo había regresado de los Estados Unidos un día antes, y recuerdo que Indalecio Liévano Aguirre, que estaba a cargo del gobierno como designado, había pensado en prohibirlo, por sugerencia del general Matallana, a lo que yo me opuse. El paro se debió a que los sindicatos quisieron imponernos una especie de prima móvil, atada a la inflación, que el equipo económico de mi gobierno consideraba inconveniente, y que, a un sector del partido conservador, encabezado por doña Bertha Hernández de Ospina, contribuyo a promoverlo y a organizarlo, con obvias intenciones políticas (Calderón, 2001).

Respecto a los días posteriores al PCN, en la biografía de López, escrita por Stephen Randall, se puede apreciar otra interesante veta de la argumentación de ALM en relación con el rol supuestamente mediador del

⁷ En efecto, el Partido Liberal experimentó una muy importante tensión interna por la definición del candidato presidencial de 1978 entre Carlos Lleras Restrepo y Julio César Turbay; el expresidente tenía reparos sobre el gobierno de ALM, pese a lo cual lo defendió cuando sobrevino la amenaza del PCN. En el empresariado ocurrió una cosa similar, los gremios, especialmente la ANDI, sostenían con el presidente un cruce de declaraciones públicas hostiles, no obstante, respaldaron al ejecutivo en sus acciones frente al paro. Podría decirse que en principio el paro les dio una cohesión a estos sectores de la que carecían, pasado el paro se produjeron recomposiciones que se expresaron, por ejemplo, en cambios en el gabinete que tocaron las carteras en manos de los alvaristas como interior, hacienda y trabajo.

gobierno entre el pueblo y las fuerzas militares para evitar la generalización de la violencia o un incremento de la militarización de la vida civil como ya ocurría en el resto del continente, veamos:

Hay que anotar entonces que, gracias al gobierno y al congreso, no se tomaron medidas más fuertes en los días que siguieron [Al PCN], se hizo posible que la reacción de las fuerzas militares y la policía frente al paro cívico no creciera hasta el exceso (Randall, 2007).

El empresariado se pronunció también favorablemente a las tesis del gobierno a través de las seccionales de FENALCO “Al país no se le puede intimidar en la forma como lo quieren hacer las centrales obreras” (El Tiempo, 1977), afirmó el director de ese gremio, Augusto Medina, en Ibagué, el 11 de septiembre. En los días siguientes al paro se sumaron comités intergremiales como el de Manizales y empresas como COLTEJER, la Compañía Colombiana de Tabaco y el gremio asegurador FASECOLDA. El llamado plebiscito de respaldo a López movilizó al establecimiento en pleno (El Tiempo, 1977).

La facción conservadora alvarista que se expresaba a través de *El Siglo* fijó su punto de vista en la editorial del miércoles 14 de septiembre de 1977. El texto no deja dudas sobre su respaldo al gobierno ni sobre su desprecio a la movilización popular:

Las dos poderosas metáforas de la enfermedad y de la guerra acompañaron esta visión de la protesta como parte de una estrategia camuflada para la revolución en Colombia. En el análogo de la enfermedad, los adversarios sociales se compararon con el debilitamiento de una inmune, en la que puede entrar “n virus devasta”or” si no se toman las debidas precauciones. En la analogía de la guerra, el comentarista les dijo a sus lectores que no se preocuparan por la caída del sistema como consecuencia del paro, ¿por qué no? Porque es un acto de guerra, y en las guerras gana el lado fuerte... es una forma triste de cimentar la legitimidad, o de reforzarla. Pero la batalla está justificada si la fuerza moral acompaña al ejército victorioso (Delgado, Ó., 1978, p. 101).

El ospino-pastranismo, facción de las élites enfrentadas a ALM, a través de su vocero, el periódico *La República*, planteó en editorial del 20 de septiembre: “El paro fue justo y lo suficientemente vigoroso como para demostrar que allí no hubo un enfrentamiento entre asalariados y patronos sino entre el país y el gobierno” (Delgado, Ó., 1978, p. 79). A su turno, *El Bogotano*, órgano del movimiento de integración liberal MIL, que también adversaba al gobierno para ese momento, señaló: “Ciertamente el movimiento cívico de ayer tenía un carácter político, en el sentido exacto de la palabra. Porque era un paro contra el hambre, contra el desgobierno, contra la inmoralidad de una familia” (Lepeley, 1982, p. 72).

Puede concluirse que en el campo de las derechas no había uniformidad de opinión en relación con el PCN; un bloque alineado con el gobierno leyó el acontecimiento como un paro subversivo y un desafío a la institucionalidad democrática con claros ribetes partidistas, y el otro entendió la movilización como expresión de cansancio de los sectores populares con un mal gobierno que se podía capitalizar para golpear al rival de la próxima contienda electoral.

En el caso de las izquierdas, el PCN se volvió un factor adicional de fragmentación al interior de ese campo político; durante la convocatoria al paro la mayoría de las organizaciones y partidos tuvieron posiciones ambiguas cuando no se expresó rechazo a la propuesta impulsada por el PCC y un sector del movimiento obrero. Las críticas más comunes eran que el paro era una maniobra electorera. Un ejemplo de esta visión es la posición asumida por el Movimiento 19 de abril (M-19), que en uno de sus documentos internos planteó en julio de 1977:

Al afrontar la discusión sobre la coyuntura actual se discutió participar o no en el paro cívico impulsado por el Partido Comunista a través de la CSTC. Se consideró que, aunque se está de acuerdo con una situación concreta de inconformidad popular y desprestigio del régimen lopista, sin embargo, está viciado por bjetivoivo [sic] electorero del PC, por su organización burocrática y por basarse en impulsar el espontaneísmo de las masas. Se considera que este no es un momento de ascenso de la lucha de masas a nivel nacional (...) se aprobó por ello no tomar la actitud de esquiroleos enfrentándolo, pero tampoco hacerle juego a la política del PC (M-19, 1977).

En los días previos a la jornada, o en medio de la acción del 14 de septiembre, muchas organizaciones políticas de diferente signo, incluso algunas que habían adversado públicamente al PCC, tomaron la decisión colectiva —o sus militantes a título individual— de participar del PCN. Un testimonio de un militante del PC-ML en la época aclara:

En el PC-ML la convocatoria causó un debate que dejaría huellas. La postura adoptada fue de rechazo, por considerar que su contenido estaba impregnado de la “política laboral y reformista” de sus convocantes. Se dijo: “el carácter del paro está determinado por la política que lo conduce”, “es un paro revisionista”, “es conducir a las masas por un despeñadero”, constituye “una traición a los intereses de los trabajadores”. En Medellín y otros lugares la militancia acogió la orientación y no participó. Dirigentes de organizaciones con alto prestigio de lucha como SINTRABANCA, SINTRAPOPOPULAR Y FENASINTRAP, sustentaron la oposición al paro, pero otros trabajadores de esos sectores y de empresas de servicios, de universidades públicas, los maestros y estudiantes, insistían en la participación. Argumentaban que había que llevar opinión y consignas propias como sector distinto a las centrales en la jornada. La discusión trascendió con rapidez las instancias del partido y casi a la víspera el comité organizador regional Enver Hoxha emitió un comunicado llamando a la participación. Oscar William Calvo era secretario político de ese regional que efectivamente adoptó esa decisión, sin embargo, fue tan tarde que muchos dirigentes sindicales, militantes, estructuras del EPL y simpatizantes, independientemente de ello se habían involucrado por su propia cuenta en el movimiento, tal situación produjo serias diferencias, desánimo y llegó a incidir en el marginamiento de cuadros y militantes (Villarraga y Nelson, 2007).

Con posterioridad al paro y dado su éxito, se abrió una disputa por la paternidad de este, frente a la cual el PCC asumió la política de no reconocer ningún mérito a las agrupaciones situadas a su izquierda. Desde su periódico y revistas hizo una campaña sectaria contra las otras organizaciones revolucionarias, especialmente contra los trotskistas del Bloque Socialista (BS) —que de hecho sostuvieron una posición firme de acompañar el paro, pero se mantuvieron independientes del PCC— y los maoístas, especialmente contra el PC-ML y el Movimiento Obrero Independiente Revolucionario (MOIR). En un artículo aparecido en la revista *Estudios Marxistas*, a comienzos de 1978, Álvaro Delgado hace un duro balance sobre el papel de las corrientes maoístas en el paro:

La actitud asumida por el maoísmo y el trotskismo más recalcitrante merece consideración especial porque tales agrupaciones se presentan ahora como abanderadas del paro cívico nacional. Para probar lo contrario no basta decir que no hicieron propaganda alguna al paro y que permanecieron aisladas —a la espera ansiosa del fracaso de los comunistas— mientras los sectores revolucionarios estaban sumergidos en la preparación del gran acontecimiento. Es dicente que el MOIR, poseedor de una máquina propagandista y agitational sin par en el país, no hubiera fijado ni una consigna mural en favor del paro cívico, ni hubiese editado volantes o carteles con el mismo propósito. Al contrario, el 9 de septiembre, cuando toda la atención pública estaba centrada en el paro que se precipitaba, el MOIR dedicó su periódico “Tribuna Roja” a ensalzar la figura de Mao Tse-Tung y agregar nuevas calumnias a la unión soviética y los comunistas (Delgado, 1978).

Evidentemente, para las izquierdas el PCN no tuvo una sola significación. Múnera refiere este fenómeno como la *polisemia del paro* (Ruiz, 1998, p. 386), más allá de los logros sobre los que también existen posiciones disímiles, la jornada de protesta más importante de la segunda mitad del siglo XX fue un nuevo episodio para profundizar la fragmentación y los consabidos espirales de ataques y reproches cruzados entre las organizaciones de la colombiana.

En este punto, vale la pena proponer dos matices. Primero, como ha quedado claro, las divisiones y enfrentamientos intestinos no son asunto exclusivo de las izquierdas, sino que la fragmentación política y social del país tocaba también para ese momento los linderos del bloque dominante, es decir, a las derechas. Segundo, estas disputas entre organizaciones de izquierda que tienen validez en un plano nacional y general pueden tener cambios cuando se miran en la escala regional, puesto que en varias localidades fueron posibles acuerdos unitarios en los que organizaciones divorciadas nacionalmente trabajaron juntas en la preparación y realización del paro y en la campaña electoral de 1978. Un ejemplo de esto fue el acuerdo alcanzado entre las seccionales de caldenses de la Unión Nacional de Oposición (UNO), orientada por el PCC, y el Frente de Unidad del Pueblo (FUP), orientado por el MOIR; allí, ambas agrupaciones se comprometieron a trabajar

juntas de cara a las elecciones y a la preparación del PCN. Tras un largo análisis de la situación local, la declaración conjunta señala: “

El FUP y la UNO [en Caldas] se comprometen a forjar la más amplia unidad popular que es el camino con el cual derrotaremos a los explotadores nacionales y extranjeros y conquistar una patria libre y feliz para nuestro pueblo (Voz Proletaria, 1977).

Las lecturas heterogéneas de izquierdas y derechas respecto al PCN ayudan a entender de un mejor modo la recepción que tuvo este fenómeno entre diferentes sectores del espectro político. Algunas obras que aquí se han citado como biografías, memorias, documentos presidenciales y la prensa son fuentes valiosas para reconstruir los matices existentes entre las diferentes fracciones de las derechas y las izquierdas sobre este acontecimiento. En futuros trabajos, vale la pena tener en cuenta en el importante criterio que los fenómenos políticos ocurren en Bogotá de una manera, pero pueden trasladarse a lo regional-local de otra, como lo muestra el ejemplo que se propuso sobre la relación entre el PC y el MOIR en el caso de Caldas.

Los legados simbólicos y materiales del PCN

¿Qué le quedó al país tras el PCN? múltiples han sido las respuestas que se han dado a este cuestionamiento; partiendo de las más importantes, se propone un agrupamiento en tres campos que no están separados tajantemente en la realidad o en los trabajos que aquí se analizan, pero que pueden ser útiles como esquema analítico: uno en el que se acentúan las ganancias materiales, especialmente las asociadas a las alzas del salario; otro en el que se resaltan las conquistas en el plano simbólico que destacan la importancia de la unidad de acción sindical lograda alrededor del CNS, y, por último, una serie de consecuencias políticas que trascendieron los límites del acontecimiento y del propio gobierno de ALM, como la implantación del estatuto de seguridad en septiembre de 1978. En el plano simbólico también interesa indagar la memoria colectiva que se ha construido en relación con el PCN como un hito de la lucha sindical y popular en el país a partir de algunos textos y actividades conmemorativas.

Las reflexiones que se han hecho sobre las ganancias materiales del PCN coinciden en señalar que estas fueron pocas si se contrastan con el volumen de la movilización popular. Hernando Gómez Buendía en un artículo titulado “La encrucijada laboral”, publicado en 1978 por la Fundación de Estudios para el Desarrollo (FEDESARROLLO), afirma:

Si se mide por sus conquistas programáticas inmediatas, habría que concluir que la protesta fue un descalabro de nota para las centrales obreras. Ni prima móvil, ni alza general de salarios, ni congelación de precios, ni cambios pronto y significativos en los regímenes individual o colectivo del trabajo, ni reforma de los institutos sectoriales, ni levantamiento del estado de sitio, ni alteraciones en las políticas generales de contenido económico o social que puedan atribuirse a la presión masiva de los trabajadores. De hecho, como únicos logros tangibles se cuentan, hasta hoy, las reuniones de los Consejos Nacionales de Salarios y del Trabajo (fracasadas ambas) y el reajuste del salario mínimo en dos etapas (Gómez Buendía, 1977).

Desde otra orilla ideológica, Múnera coincide con el diagnóstico de Gómez Buendía respecto a las limitadas ganancias inmediatas del PCN: “El paro tuvo efectos inmediatos bastante reducidos, estuvieron limitados a la convocatoria del Consejo nacional de salarios y a un alza del salario mínimo” (Ruiz, 1998, p. 324). Para matizar estas apreciaciones, Oliverio Ramírez Gallón señala que las alzas salariales no fueron solo nominales, sino que lograron recuperar la capacidad adquisitiva durante un periodo más o menos prolongado; esta afirmación según la cual el PCN revirtió la tendencia a la baja de la capacidad adquisitiva de las remuneraciones de obreros y empleados se sustenta en el aumento de la participación de la masa salarial en el PIB, veamos:

[El PCN] consiguió que el gobierno convocara al Consejo Nacional de Salarios, obteniéndose aumentos en agosto y noviembre de ese año y finalmente en mayo de 1978. Efectivamente, después de ocho años de contracción seguida de los salarios reales para obreros, este inició un repunte en su capacidad de compra hasta 1983 (Gallón, 2017).

Estas interpretaciones remiten a tres reflexiones que se consideran cruciales a la hora de discutir y reflexionar sobre las ganancias materiales del PCN. Primero, antes y durante el paro las peticiones de los bloques sindicales UTC-CTC y CSTC-CGT no estuvieron debidamente integradas, es decir, que en la práctica el 14 de septiembre transcurrió con dos pliegos que tenían puntos e intenciones comunes, pero no estaban unificados (Camargo, 2014, p. 134), cuestión que solo se produjo el 17 de octubre de ese año y sirvió más como plataforma unitaria del CNS que como elemento de agitación para el paro o de negociación con el gobierno (Delgado, 1984b, pp. 216-219). Segundo, el gobierno nacional eludió la negociación directa con los convocantes del PCN y la discusión concreta de los petitorios (Botero, 1989); optó en su lugar por convocar el Consejo Nacional de Salarios en el cual tenían participación las centrales obreras, los empresarios y el gobierno, fue en ese organismo consultivo donde se produjo la recomendación al ejecutivo de hacer dos alzas salariales; una inmediata (noviembre de 1977) y otra mediata (mayo de 1978), que acumularon en total una alza de 35 % respecto al salario que había antes del paro⁸. Tercero, aunque los convocantes de las centrales obreras defendieron siempre un paro con motivaciones objetivas y económicas-reivindicativas, el movimiento de protesta terminó teniendo principalmente resultados simbólicos y políticos como se verá más adelante.

En contraste con el planteamiento de Archila Neira que señaló que las izquierdas al unísono leyeron el PCN como un acto insurreccional más que como una movilización de masas (Archila Neira, 2003, pp. 111-112), y el de Medina que le atribuye al paro haber propiciado cambios de concepción estratégica en las guerrilla de las FARC (Medina, 1997), conviene indicar que uno de los efectos simbólicos del PCN más resaltado y destacado por la historiografía ha sido el de la unidad sindical, cuya expresión orgánica de efímera duración fue el CNS. Este asunto revestía un enorme valor en el momento debido a la histórica atomización organizativa, ideológica y de acción de los trabajadores colombianos que hasta el 14 de septiembre de 1977 no habían podido unificarse para adelantar una protesta conjunta. Adicionalmente, la unidad de las cuatro centrales fue vista por muchos como el comienzo de una senda de unidad más amplia entre los sectores populares y las fuerzas de cambio revolucionarias y no revolucionarias. Álvaro Delgado plantea al respecto:

De manera que ese 14 de septiembre de 1977 se hace reuniendo todas esas fuerzas descontentas. (...) En todo caso, esa alianza de fuerzas tradicionales con fuerzas alternativas le dio al paro una imagen nacional de amplitud. (...) Una cosa así no se ha vuelto a repetir y es única en la historia del país. Cómo fue posible que semejante cantidad de fuerzas por primera vez se pusieran de acuerdo, después de treinta años de división y de división encarnizada; que por primera vez se pusieran de acuerdo en un acto conjunto de semejante tamaño (Delgado y Celis, 2017).

Este punto de vista coincide con el de Nicolás Buenaventura que señala como ganancia importante de la jornada la comprobación del grado de madurez que había adquirido la clase obrera como actor político y su condición de vértice de un proceso popular unitario de mayor amplitud:

Cuando en la noche del 14 de septiembre de 1977 regresábamos a nuestras casas, después de cumplido el “paro cívico nacional” entonces respirábamos hondo el aire con la sensación de un alivio o de una satisfacción. Habíamos visto con nuestros ojos, habíamos verificado el poder naciente de la clase obrera colombiana, su capacidad de unirse a la acción y colocarse al frente del pueblo para conducirlo en su lucha contra el sistema imperante (Buenaventura, 1984).

En relación con los fenómenos políticos que se desataron a partir del PCN, se recogen dos aspectos que resultan relevantes. De un lado, la acentuación de un régimen de excepción, que ya se venía fraguando, como mecanismo de contención y disuasión a la protesta popular que alcanzó su cenit en la promulgación del estatuto de seguridad en el gobierno de Turbay, pero que tiene su raíz en la preocupación que generó entre las élites políticas lo que la revista *Alternativa* llamó acertadamente “el susto del 14” (Alternativa, 1977). Al respecto señala German Darío Valencia:

Esta acción colectiva [El PCN] fue catalogada por el gobierno como una muestra del rebrote de la violencia. En aquel momento el país vivía un proceso de elección presidencial y se buscaban mecanismos para controlar la violencia colectiva. Dado que la disputa por la presidencia estaba entre el candidato liberal César Turbay y

⁸ Ver decreto 2371 de octubre de 1977.

el conservador Belisario Betancur y que el primero ganó las elecciones, la decisión fue aumentar la seguridad. Turbay basó su propuesta de gobierno en tres premisas: producción, seguridad y empleo; pero al llegar al poder, y en un contexto de los efectos del paro de 1977, su apuesta fue por el fortalecimiento de las acciones de seguridad del Estado. El 6 de septiembre de 1978 emite un nuevo Estatuto de Seguridad Nacional, el cual le daba mayores poderes a las Fuerzas Armadas, como allanamientos y detenciones sin orden judicial (Valencia, 2013).

La crisis política que se abrió al interior del gobierno por cuenta del PCN implicó la renuncia de 4 ministros en menos de 15 días, incluido el equipo económico de ALM; en esa misma línea, motivó a finales del año un pronunciamiento de los militares en cabeza de Luis Carlos Camacho Leyva y otros 33 generales y almirantes que pedían al presidente mayores instrumentos y competencias para hacer frente a la situación de inseguridad reinante en el país y al “desafío abierto a las instituciones que la subversión hizo el 14 de septiembre” (Voz Proletaria, 1977). La gobernabilidad durante el último año fue compleja y sufrió reveses para el autodenominado “mandato claro”, un ejemplo de ello fue el hundimiento de uno de los proyectos bandera del gobierno: la “mini-constituyente”, que fue declarada inexecutable por la Corte Suprema de Justicia.

El recuerdo del PCN en la memoria colectiva de las organizaciones de izquierda, sindicales y en algunos sectores populares evoca un hecho que puso en evidencia las capacidades de lucha y resistencia de la población frente al gobierno; esta imagen de un día en el que la gente se enfrentó con el gobierno y demostró su fuerza, pese a tener todo en contra, se ha mantenido viva hasta el presente y sigue alimentando en muchos sentidos los imaginarios de las organizaciones obreras y de las izquierdas. Al respecto, se destacan cuatro momentos en que se ha hecho particularmente visible esa memoria viva y colectiva del PCN: 1) el aniversario 40 del PCN en 2017, 2) las protestas iniciadas el 21 de noviembre de 2019 (21N), 3) las protestas contra la brutalidad policial en septiembre de 2020 (9S) y 4) el levantamiento popular que inició el 28 de abril del 2021(28A). Como se puede ver, la conmemoración, pero sobre todo la movilización, ha hecho que se active con más fuerza este recuerdo compartido.

La conmemoración de los 40 años del PCN estuvo acompañada de eventos, conversatorios, paneles y escritos que desde diferentes miradas reivindicaron su relevancia histórica; en este caso, las universidades, los sindicatos y las organizaciones sociales fueron los principales impulsores de estas actividades. Por su parte, los medios de comunicación produjeron artículos y notas recapitulando el hecho (Pacifista, 2016); se hicieron videos cortos, podcast, publicaciones en las redes sociales contextualizando o analizando lo ocurrido. Estos ejemplos hablan de la persistencia de ese miércoles 14 de septiembre de 1977 en la memoria del pueblo colombiano. Martha Cecilia García, investigadora del CINEP, publicó un texto en la revista *Cien Días* en el que señaló:

En estos cuarenta años transcurridos desde aquel día de septiembre, los gobiernos de turno han atendido poco ese sentimiento de frustración que se expresó en el PCN. Además, los conflictos sociales no se tramitan mientras diversos movimientos sociales ven que sus demandas pasan desapercibidas ante la mirada indiferente de los funcionarios de turno (García Velandia, 2017).

Un día antes de las protestas del 21 de noviembre de 2019, ante la expectativa creciente en muchos sectores y entre las generaciones jóvenes acerca de lo que significaba vivir un paro de grandes dimensiones, Germán Gómez Polo publicó un artículo en *El Espectador*, que tituló “Septiembre 14 de 1977: el último paro verdadero” (Gómez Polo, 2019); en medio de las protestas del 9S en Colombia, la Universidad Pedagógica Nacional convocó al panel: “El paro cívico de 1977 impactos y legados” (UPN, 2020), en el cual se reflexionó y comparó el PCN y las movilizaciones que se vivían en las ciudades del país para ese momento. Del diálogo surgieron dos conclusiones sugerentes: el papel protagónico tanto en 1977 como en 2019 de los jóvenes en la movilización, pero también su victimización preferente por cuenta de la represión estatal.

Al tiempo, en redes sociales circuló por esos días una imagen diseñada por una organización estudiantil que mostraba un contraste de fotos de las protestas del 14 de septiembre de 1977 y las del 9S, acompañado de la consigna: “los mismos sueños, las mismas luchas” (Fun Comisiones MODEP, 2020). En medio del

levantamiento popular del 28 de abril, Jorge Alberto Cote escribió un artículo titulado “El mítico paro de 1977 y por qué lo están comparando con el actual” (Cote, 2021), en el que básicamente se busca en el pasado un antecedente para enmarcar el proceso de movilización social que estaba teniendo lugar

Muchas interpretaciones, como hemos visto, señalaron que el PCN fue un factor de agudización a la postre de la guerra interna y del tratamiento represivo a la protesta; de ahí que la Comisión de la Verdad programara en 2020 un espacio con diferentes actores denominado “Contribuciones a la verdad: paro cívico de 1977”, en el que además de esclarecer el contexto del PCN interpeló a diferentes actores que vivieron de manera directa y desde lugares distintos el 14 de septiembre de 1977. En medio del diálogo, los y las participantes arribaron a varias conclusiones para explicar la violencia en el paro: de un lado, una represión desmedida por parte de las fuerzas militares en desarrollo de una doctrina ideológica que veía la semilla de la subversión en todo intento de organización social autónoma del régimen, pero también señalan el oportunismo de muchas organizaciones armadas de izquierda, como Autodefensa Obrera (ADO), responsable del asesinato del exministro de interior, Rafael Pardo Buelvas, a través del cual quisieron capitalizar la indignación de las gentes inconformes con la represión, pero terminaron desnaturalizando la protesta y justificando el accionar coercitivo del estado; esta perspectiva deja por fuera la posibilidad de que mucha de la indignación de quienes se movilizaron en esa fecha pudiera expresarse por vías diferentes a las pacíficas que propugnó el CNS, y deja gravitando dos preguntas que siguen siendo legítimas para abordar las protestas del presente: ¿puede una protesta masiva y diversa ser entera y absolutamente pacífica? ¿Qué es lo que se considera violento en el contexto de una protesta?

Claramente, este listado de artículos, imágenes y eventos no corresponde exactamente a productos historiográficos, pero habla elocuentemente de la forma en que se invoca y lee el PCN en el tiempo presente y cuáles son los contenidos de su legado simbólico más importante: la memoria colectiva que se construyó a su alrededor.

Para cerrar este apartado hemos de decir que el 14 de septiembre de 2017 se hicieron eventos de conmemoración por los 40 años del PCN en las ciudades de Pereira y Manizales, dos lugares que por lo general han estado ausentes de los relatos y referencias a este movimiento de protesta, lo que nos lleva a afirmar que de alguna forma el paro está presente en la memoria regional, pero la región no está presente en la historiografía sobre el paro, a este desbalance nos referiremos en el último apartado.

La región: gran ausente en la historiografía sobre el PCN. A manera de conclusión

En todos los problemas que se han examinado a lo largo de este balance ha sido posible constatar el déficit de producción historiográfica conducente a esclarecer el comportamiento de los departamentos y municipios durante la jornada del PCN. En la mayoría de los trabajos grandes y pequeños que aluden a este tema, las ciudades diferentes a Bogotá aparecen solo como menciones fugaces, con pocas o ninguna fuente de referencia, y la mayoría de las veces bajo la esquematización propuesta por Álvaro Delgado que divide algunas capitales del país en tres categorías, de acuerdo con la intensidad con la que según él participaron de la protesta: muy intenso en Bogotá, Barranquilla, Cali, Cúcuta, Ibagué, Villavicencio, Santa Marta, Cartagena, Neiva, Sogamoso y Buenaventura; intensidad regular en Medellín, Pereira, Armenia, Valledupar, Tunja; y muy débil en Manizales y Bucaramanga (Delgado, 1984a, p. 168). Esta formulación se volvió un verdadero consenso historiográfico que no ha sido impugnado en buena medida porque las investigaciones desde un enfoque regional y local sobre el PCN, portadoras de nuevas fuentes y miradas, apenas están despuntando.

La propuesta de Delgado, hegemónica⁹ hasta el presente, puede ser matizada, contrastada y discutida por varias razones; primero, porque no son claras las fuentes de Delgado para llegar a sus conclusiones, por ejemplo, la CSTC —la central obrera más activa en la convocatoria del paro— en un pleno realizado en Marzo de 1978 que debía evaluar el PCN concluyó que carecía de informes consolidados sobre cómo transcurrió

⁹ Archila, Múnera, Medina, Alape, sin excepción citan o siguen en sus obras el esquema propuesto por Delgado.

la protesta en varias regiones del país, y las pocas menciones que hace a las regiones no concuerdan con la clasificación propuesta por Delgado, por ejemplo, afirman que Pereira tuvo un comportamiento mucho más combativo que Santa Marta (CSTC, 1978).

¿Cuáles fueron entonces las fuentes de Delgado para llegar a esta conclusión? Evidentemente no fueron las de la central influida por su partido, pero tampoco las de la prensa del PCC que tituló el 15 de septiembre “El paro abarcó todo el país” (Voz Proletaria, 1977); en este artículo se informó pormenorizadamente de acciones y porcentajes de parálisis importantes en la mayoría de las capitales, incluso de regiones donde según Delgado había baja participación como Manizales. Esta confusión frente a los datos sobre el volumen de la protesta regional contrasta con los detallados y ricos informes que el mismo Delgado hace del “esquirolaje maoísta” en todo el país:

El partido comunista y la CSTC fueron catalogados de oportunistas por el MOIR de Pereira, por lanzarse a la preparación del paro cívico. Pero una vez que la idea prendió en las masas, el MOIR optó por sabotear las reuniones de los comités organizadores. Tal ocurrió en los actos agitacionales en los barrios “Kennedy” y San Judas. El mitin del 21 de agosto fue sabotado por el MOIR. (...)

El 5 de septiembre, en Cartago, el presidente del sindicato de trabajadores del municipio, conocido elemento moirista, se negó a participar en el paro. (...)

En Medellín, una asamblea de estudiantes de la Universidad de Antioquia reunida el 5 de septiembre votó contra el paro nacional a instancias del MOIR y la Liga ML. (...)

Días antes de llevarse a cabo (agosto 26) en Bucaramanga una concentración política de la UNO, presidida por su candidato presidencial Julio César Pernía, “el comité regional de solidaridad” de esa ciudad adelantó acciones provocadoras que condujeron a la drástica militarización de la ciudad (Delgado, 1984b, p. 188).

Frank Molano acertadamente señala que estos balances son “de época” (Camargo, 2014, p. 1), es decir, que fueron escritos en un contexto donde podía resultar más importante hacer un planteamiento sectario para deslindarse de otras fuerzas que precisar la participación regional del PCN. Pero esto no quiere decir que ese esquema no pueda ser rebatido o matizado con propuestas investigativas que saquen a las regiones del limbo en el que están en relación con el PCN, pues el gobierno dijo que en todo el país reinó la normalidad y las organizaciones sindicales y de izquierdas hablaron de un paro nacional con un nivel de desarrollo desigual sin que uno ni otro hayan sustentado o probado sus afirmaciones.

La agenda local y regional sobre el PCN ya está abierta. El trabajo de Jhoney Díaz Fajardo es un claro ejemplo, donde analiza las luchas cívicas en el departamento de Santander durante el periodo 1970-1984: establece para ello dos epicentros geográficos claros: Barrancabermeja y Bucaramanga. El trabajo hace un planteamiento de la forma en que concretamente se desarrollaron los hechos del PCN en estas localidades. Un pasaje interesante en el caso de Barrancabermeja señala:

Una de las características del paro cívico fue la expresión de la cultura ribereña como forma de protesta: los habitantes de los barrios sacaron sus equipos de sonido en las puertas de las casas y se dedicaron durante todo el día a rechiflar, gritar consignas contra el gobierno y el alcalde militar y tocar pitos cuando el ejército pasaba por las calles (Fajardo, 2013).

En el caso de las luchas cívicas santandereanas del periodo, Díaz ubica los sectores y causas alrededor de las cuales se vertebró la movilización ciudadana en esos municipios: trabajadores organizados en la Unión Sindical Obrera (USO) alrededor de la exigencia de mejoría de servicios públicos, especialmente del agua en el caso de Barrancabermeja, y estudiantes de la asociación universitaria de Santander (AUDESA) y secundaristas en torno a los precios del transporte y la carencia de gas en el caso de Bucaramanga, Los archivos y coyunturas regionales son la base de este trabajo que logra poner en diálogo la localidad, la región y el país (Fajardo, 2013, p. 175).

Otro trabajo que despliega un enfoque local sobre los acontecimientos del PCN es el de Liz Cabrera Mateus que reconstruye los acontecimientos del 14 de septiembre desde la mirada de los estudiantes del colegio INEM Francisco de Paula Santander y los pobladores de la localidad de Kennedy en Bogotá, donde el colegio está situado (Cabrera Mateus, 2011). La autora retoma la tesis de Carrillo sobre la importancia de las barriadas antes y durante el paro, para comprobarla desde un punto de vista empírico en la zona mencionada, cuya estructuración estaba fuertemente influenciada por la cercanía al colegio.

Cabrera reconstruyó el ambiente intelectual del colegio, las influencias culturales, las relaciones y sociabilidades que se iban tejiendo entre líderes estudiantiles, organizaciones políticas y comunidad, los rituales de la protesta barrial y escolar; con estos insumos más los testimonios de exalumnos, exprofesores y habitantes logró reconstruir la forma en que el PCN se desarrolló de manera específica en el sector y determinar algunos de sus impactos en la configuración de identidades de sus pobladores.

Para concluir, la idea extendida según la cual sobre el PCN ya se ha dicho y se ha contado todo es errónea y no considera que los repertorios de organización y acción, los contextos, los actores, las voces, los lugares y las dinámicas regionales y locales que también dieron forma a ese paro de carácter nacional no han sido aún estudiadas o incluidas en la historiografía y la producción académica. Este asunto, a nuestro juicio, constituye ante todo una oportunidad de reconfigurar la lectura centralista que sobre este importante proceso de nuestra historia reciente ha imperado. Nos anima la idea de contribuir a que la región deje de ser la gran ausente en la historiografía sobre el PCN. En el marco de esta ausencia, es posible abrir una agenda de trabajo y nuevas vetas que ayuden a mirar con nuevos ojos este acontecimiento central en la historia política contemporánea del país.

Referencias bibliográficas

Alape, A. (1980). *Un día en septiembre: testimonios del paro cívico, 1977*. Armadillo.

Alarcón, Á. E. (2021). El paro cívico nacional del 14 de septiembre de 1977 una mirada a dos décadas de historiografía. *Revista Nuevas Lecturas de Historia*, 41, 166.

Alternativa. (1977). El susto del 14. *Alternativa*, 1.

Archila Neira, M. (2003). *Idas y venidas vueltas y revueltas protestas sociales en Colombia 1958-1990*. Bogotá: CINEP-ICANH.

Archila Neira, M. (2016). El Paro Cívico Nacional del 14 de septiembre de 1977. Un ejercicio de memoria colectiva. *Revista De Economía Institucional*, 313.

Archila Neira, M., García, M., Parra Rojas, L., & Restrepo Rodríguez, A. M. (2019). *Cuando la copa se rebosa Luchas sociales en Colombia 1975-2015*. Bogotá: CINEP.

Bedoya, J. C. (1981). *Los paros cívicos en Colombia*. La Oveja Negra.

Botero, R. L. (1989). Crisis y recomposición del sindicalismo colombiano. En Á. T. Jaime Jaramillo Uribe, *Nueva Historia de Colombia Tomo III* (pp. 271-306). Planeta.

Buenaventura, N. (1984). La formación de la clase obrera. En N. Buenaventura, *Clases y partidos en Colombia*, (pp. 99-124). CEIS.

Cabrera Mateus, L. J. (2011). *La construcción de identidad en pobladores de Kennedy central y estudiantes del INEM “Francisco de Paula Santander” durante el paro cívico de 1977*. Universidad Javeriana.

- Calderón, E. S. (2001). Ayer. En E. S. Calderón, *Alfonso López Michelsen: Palabras Pendientes* (pp. 15-99). Ancora.
- Camargo, F. M. (2014). El paro cívico nacional del 14 de septiembre de 1977 en Bogotá las clases subalternas contra el modelo hegemónico de ciudad. *Ciudad Pazando*, 111-142.
- Cote, J. A. (6 de mayo de 2021). El mítico paro de 1977 y por qué lo están comparando con el actual. *Criterio*. <https://diariocriterio.com/paro-de-1977-y-porque-lo-estan-comparando-con-el-actual-noticias-hoy/>.
- CSTC. (1978.). *Un gran paso hacia la unidad de acción*. Nueva Colombia.
- Delgado, Á. (1978). El paro cívico nacional. *Estudios Marxistas*, 15, 4.
- Delgado, Á. (1984a). Capítulo V El paro cívico nacional de 1977. En Á. Delgado, *Política y movimiento obrero 1970-1983* (pp. 206 y 207). CEIS.
- Delgado, Á. (1984b). *Política y movimiento obrero*. CEIS.
- Delgado, A. (1986). El paro cívico nacional. En A. Delgado, *CSTC historia y proyección* (pp. 164-188). Colombia Nueva Ltda.
- Delgado, Á., & Celis, J. C. (2017). Recuerdos con los trabajadores. En Á. Delgado, & J. C. Celis, *Todo tiempo pasado fue peor, memorias del autor basada en entrevistas hechas por Juan Carlos Célis* (pp. 213-216). La Carreta.
- Delgado, Ó. (1978). *El paro popular del 14 de septiembre de 1977*. Editorial Latina.
- El Tiempo. (12 de septiembre de 1977). Más rechazos al paro. *El Tiempo*., 1.
- El Tiempo. (16 de septiembre de 1977). Sigue plebiscito de apoyo a López. *El Tiempo*, 3.
- Fajardo, J. D. (2013). Ciudad y protestas: la lucha cívica en Santander 1970-1984, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 162-192.
- Fonseca, L. A. (1982). Los paros cívicos en Colombia. *Desarrollo y Sociedad cuaderno 3 Universidad de los Andes*, 25.
- Fun Comisiones MODEP. (14 de septiembre de 2020). 1977 14-S 2020 Los mismos sueños las mismas luchas Venceremos. Facebook, 14 de septiembre de 2020. <https://www.facebook.com/photo/?fbid=171575207796461&set=a.132136005073715>
- Gallón, G. (1979). Capítulo VI El periodo de Alfonso López Michelsen. En G. Gallón, *Quince años de estado de sitio en Colombia 1958-1978*. Guadalupe.
- Gallón, O. R. (2017). Una esperanza frustrada y conflictos sociales. En O. R. Gallón, *Factores sociales, políticos y económicos que incidieron en la evolución de la tasa económica de ganancia en Colombia 1970-2000* (pp. 206-232). UN.
- García Velandia, M. C. (2017). 40 años del paro cívico nacional de 1977. *Cien días*, 19-24.
- Giraldo, J., & Camargo, S. (1985). Paros y Movimientos Cívicos en Colombia. *Controversia*, 7-36.

- Gómez Buendía, H. (1977). *La encrucijada laboral*. FEDESARROLLO. Gómez Polo, G. (20 de noviembre de 2019). septiembre 14 de 1977: El último paro verdadero. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/politica/septiembre-14-de-1977-el-ultimo-paro-verdadero-article-891848/>
- León Tiusaba, S. M. (2011). *Análisis comparativo del manejo de la información por parte de los periódicos, el tiempo y voz proletaria, en relación con el paro cívico nacional de 1977*. Universidad Javeriana.
- Lepeley, C. J. (1982). The 1977 Paro Cívico Nacional. En C. J. Lepeley, *Elite perspectives on three crisis of legitimacy in post nacional fron Colombia* (pp. 56-115). UMI.
- M-19. (1977). Julio de 1977 de circulación clandestina, *Carta nacional número 1*, 1-3. https://data.overblog-kiwi.com/1/48/87/59/20210717/ob_5868cb_1977-julio-carta-nacional-1.pdf
- Martínez Umaña, M. M. (2019). *La profundización de la crisis política del bipartidismo a partir del paro cívico nacional de 1977 y su manifestación en la instauración del estatuto de seguridad*. Universidad Pedagógica Nacional.
- Medina, M. (1984.). *La protesta Urbana en Colombia en el siglo XX*. Nueva Colombia.
- Medina, M. (1997). Dos Décadas de Crisis Política en Colombia 1977-1997. En L. G. Arango, *En La crisis sociopolítica colombiana un análisis no coyuntural de la coyuntura* (pp. 27-62). Universidad Nacional de Colombia.
- Mejía, M. A. (2005). Primer Paro cívico nacional. En M. A. Mejía, *El sindicalismo en Colombia una historia para resurgir* (p. 158). Nomos.
- Michelsen, A. L. (1978). *Documentos presidenciales relacionados con los antecedentes y desarrollos del paro cívico nacional del 14 de septiembre de 1977*. Fondo rotatorio del ministerio del interior.
- Moyano, J. S. (2016). *Balance historiográfico sobre el paro cívico nacional de 1977, 2016* [tesis de pregrado del programa de historia Universidad Nacional de Colombia: Inédito].
- Naranjo, M. E. (2017). *Colonos comunistas, alarifes y fundadores en Colombia: una historia de la central nacional provivienda CENAPROV*. IEPRI.
- Ocampo, J. F. (1972). *Dominio de Clase en la Ciudad Colombiana*. Oveja Negra.
- Pacifista. (16 de marzo de 2016). Así fue el paro de 1977, el más grande y violento en la historia de Colombia. *Pacifista*. <https://pacifista.tv/notas/asi-fue-el-paro-de-1977-el-mas-grande-y-violento-de-la-historia-de-colombia/>
- Randall, S. J. (2007). Los años de la presidencia. En S. J. Randall, *Alfonso López Michelsen su vida, su época* (pp. 308-446). Bogotá: Villegas editores.
- Restrepo, O. A. (2019). *Cenaprov y el crecimiento urbano de Pereira 1973-1987. Otra mirada a la construcción barrial de Pereira desde sus márgenes*. UTP.
- Ruiz, L. M. (1998). *Rupturas y Continuidades Poder y Movimiento Popular en Colombia 1968-1988*. Universidad Nacional de Colombia.
- Russi, G. J. (s. f.). *La lucha de clases por el derecho a la ciudad*. Ocho de junio.

- Sáenz, O. y Velásquez, F. (1989). La investigación urbana en Colombia. En *La investigación urbana en América Latina caminos recorridos y por recorrer* (págs. Vol. 1, 110–116.). Quito: Desarrollo Urbano. <https://biblio.flacsoandes.edu.ec/libros/digital/39631.pdf>.
- Sánchez Ángel, R. (2009). El paro del 14 de septiembre de 1977. En R. Sánchez Ángel, *iHuelga* (pp. 359-389). UN.
- Sanín, F. G. (2014). Un mapa de la represión en Colombia. En F. G. Sanín, *El orangután con sacoleva cien años de represión y democracia en Colombia* (pp. 118-167). Debate.
- Santana, P. (1983). *Desarrollo regional y paros cívicos en Colombia*. CINEP.
- UPN. (14 de septiembre de 2020). El paro cívico de 1977: Impactos y legados. Bogotá, Colombia. https://www.youtube.com/watch?v=fl1XsRt_m1A.
- Valencia, G. D. (2013). Alternancias de la paz y la guerra en Colombia 1978-2013. *Debates*, 44-53.
- Comisión de la Verdad (Dirección). (2020). *Contribuciones a la verdad paro cívico nacional de 1977* [Película].
- Villarraga, Á., & Nelson, P. (2007). *Para reconstruir los sueños: una historia política del EPL*. FUCUDE.
- Voz Proletaria. (15 de septiembre de 1977). El paro abarcó todo el país: beligerantes acciones en las principales ciudades. *Voz Proletaria*, 2.
- Voz Proletaria. (16 de diciembre de 1977). Grave Amenaza Militar. *Voz Proletaria*, 2.
- Voz Proletaria. (14 de julio de 1977). Unidad entre la UNO y el FUP. *Voz Proletaria*, 10.